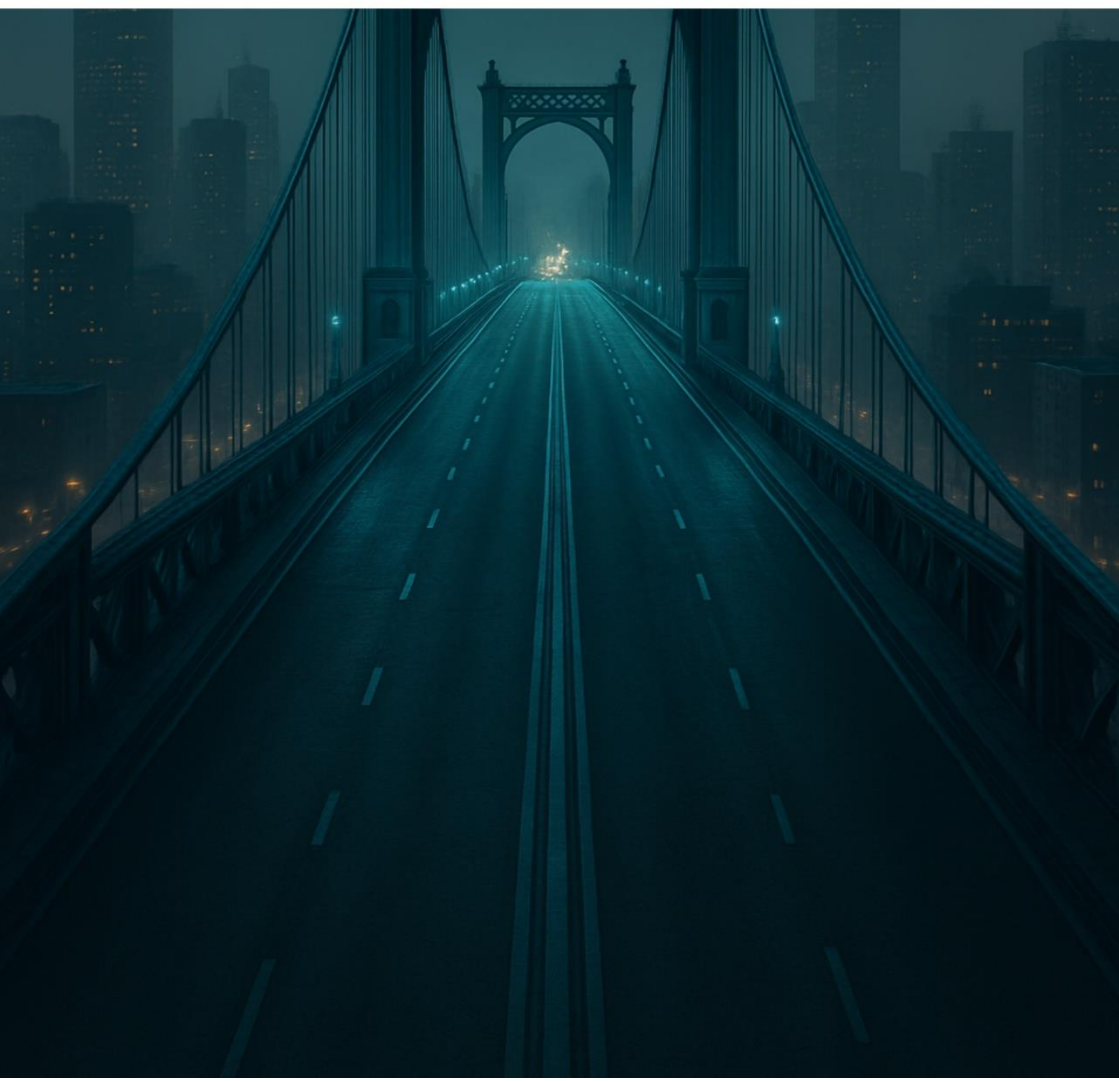




LENGUAJES PARA EL CAMBIO SOCIAL

Daniel Alejandro Díaz Gutiérrez Sandra Ruiz Gros Luis Sánchez Francisco



CRÉDITOS

LENGUAJES PARA EL CAMBIO SOCIAL

Primera edición

Autores:

Daniel Alejandro Díaz Gutiérrez

Sandra Ruiz Gros

Luis Sánchez Francisco

Docentes de: Pontificia Universidad Católica del Ecuador - Ibarra

ISBN: 978-9942-593-01-6

Fecha de publicación: 2025-NOVIEMBRE

Publicado en EDITORIAL MUNDOS ALTERNOS <https://mundosalternosdigitales.com/product/lenguajes-para-el-cambio-social/>

Revisión científica:

Dra. Alba Serrano – Universidad Salesiana

MSc. Valeria Diana Rodríguez Cabrera- Universidad de la Fuerzas Armadas_ ESPE

La presente obra ha sido sometida a un riguroso proceso de revisión por pares ciegos, garantizando la calidad académica y la integridad científica de su contenido

Publicación autorizada por:

Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño editorial:

Andrea Maribel Aldaz

Imagen de cubierta:

Diseño del autor



Derechos reservados

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio impreso, digital, reprográfico o electrónico, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos. El contenido, así como el uso de fotografías, gráficos, cuadros, tablas y referencias, es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición digital pertenecen a los autores.



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

ISBN: 978-9942-593-01-6



9 789942 593016

Nota sobre el uso de inteligencia artificial

Algunas ilustraciones presentes en este libro fueron generadas con ayuda de herramientas de inteligencia artificial y posteriormente editadas por los autores. Su incorporación responde a fines exclusivamente pedagógicos, creativos y comunicativos, manteniendo siempre criterios de ética editorial, transparencia y respeto por los derechos de autor.

Nota Editorial

Editorial Mundos Alternos Digitales presenta esta obra como parte de su compromiso con la producción académica y humanística que promueve la reflexión crítica, la transformación social y la formación integral de las nuevas generaciones. *Lenguajes para el cambio social* es un aporte significativo al campo educativo y comunicacional, pues reúne conocimientos, experiencias y perspectivas que dialogan con los desafíos contemporáneos de nuestra sociedad.

El presente libro se construyó bajo criterios de rigor académico, ética editorial y coherencia pedagógica. Su contenido responde a las necesidades actuales de la educación superior ecuatoriana, alineándose con los pilares del nuevo Modelo Educativo PUCE, el cual destaca la importancia del pensamiento crítico, la creatividad, el compromiso social, la comunicación efectiva y la formación de ciudadanos capaces de incidir positivamente en su entorno.

Desde la editorial, valoramos el esfuerzo colaborativo que dio origen a este texto: la integración de prácticas de aula, marcos teóricos contemporáneos, análisis situados y experiencias significativas de aprendizaje. De igual manera, destacamos la utilización de recursos expresivos —como narrativas, testimonios, metáforas y lenguajes artísticos— que enriquecen la comprensión del lector y amplían las posibilidades formativas del libro.

En cuanto al uso de terminología, se ha procurado mantener un equilibrio entre claridad conceptual, actualidad académica y respeto por la diversidad sociocultural. Se emplea un lenguaje claro y accesible, incorporando expresiones propias del discurso educativo y comunicacional, así como un tratamiento responsable del lenguaje inclusivo cuando aporta a la comprensión y al carácter humanista del texto.

Esta obra reafirma nuestra convicción de que los libros no solo informan, sino que también inspiran, interpelan y transforman. Invitamos a los lectores a recorrer sus páginas con apertura y sentido crítico, reconociendo en ellas una herramienta para comprender y actuar sobre las realidades que habitamos.

Mundos Alternos Digitales ratifica su compromiso con la difusión de contenidos de calidad que fortalezcan la educación, el pensamiento crítico y la construcción colectiva de conocimiento.

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a la comunidad educativa que cree en el poder transformador de la palabra, el diálogo y la acción colectiva.

A las y los docentes que, desde su vocación, sostienen diariamente la esperanza educativa; a las y los estudiantes que cuestionan, preguntan y construyen nuevas formas de comprender el mundo; a las instituciones que impulsan procesos formativos con sentido humano y social; y a todas las personas que, desde sus espacios, trabajan por un país más justo, crítico y solidario.

Que estas páginas acompañen, inspiren y fortalezcan los lenguajes que hacen posible el cambio social.

EPÍGRAFE

“Esta obra se convierte en testimonio concreto de cómo la palabra puede ser herramienta para pensar críticamente, dialogar con respeto, crear con libertad y transformar con responsabilidad.”

Carlos Corrales Gaitero, Prólogo

BIOGRAFÍAS

Daniel Alejandro Díaz Gutiérrez

Licenciado en Filología Hispánica y Máster en Estudios Lingüísticos y Culturales. Docente con más de quince años de experiencia en educación secundaria y universitaria, ha impartido cursos de lengua, literatura, pragmática, comunicación e idiomas, integrando una sólida formación humanística con enfoques pedagógicos innovadores.

Su trayectoria investigadora se vincula a los grupos META-COM y ASES, donde ha desarrollado líneas relacionadas con tecnología educativa, comunicación, aprendizaje-servicio y alfabetización académica, articulando la hermenéutica propia de las Letras con la Epistemología integradora de los estudios multidisciplinares.

Cuenta con publicaciones en revistas arbitradas, participación en congresos nacionales e internacionales y experiencia como revisor ciego y miembro de comités científicos. En la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede Ibarra, ha desempeñado cargos de responsabilidad académica, entre ellos la coordinación de áreas y la dirección de la Escuela de Ciencias Sociales y Humanas. Su trabajo integra docencia, investigación, gestión y vinculación con la comunidad, orientado siempre a una educación crítica, inclusiva y socialmente comprometida.

Sandra Ruiz Gros

Doctora en Filosofía por la Universidad de Valencia dentro del programa Ética y Democracia. Su trayectoria académica se centra en la bioética, la ética del cuidado, la psicogerontología y los desafíos éticos de la era digital. Su línea de investigación articula tradición filosófica y pensamiento contemporáneo, dialogando con autores como Viktor Frankl, Gabriel Marcel y Elisabeth Kübler-Ross para abordar temas clave: vulnerabilidad humana, dignidad, sentido de la existencia y experiencia del sufrimiento en contextos clínicos y sociales.

Su producción académica incluye artículos y capítulos sobre dignidad en el final de la vida, transmisión del sentido y las implicaciones humanísticas del desarrollo tecnológico. Participa en debates internacionales sobre derechos humanos, envejecimiento, cuidado y cultura digital. Su enfoque combina profundidad conceptual, sensibilidad humanista e interdisciplinariedad, ofreciendo una mirada rigurosa y crítica sobre los dilemas éticos de la actualidad, especialmente en torno a la condición humana y sus formas de cuidado.

Luis Sánchez Francisco

Filósofo y educador con una destacada trayectoria internacional. Graduado en Filosofía y Ciencias de la Educación en Barcelona (1979) y doctor por la Universidad Complutense de Madrid (1986), complementó su formación con estudios de Filología Alemana, Psicología y Literatura Española.

Ha ejercido la docencia universitaria en Ecuador (PUCE y UTPL), Alemania (Universidad Humboldt de Berlín) y Polonia (Poznań y Wrocław), además de ser profesor invitado en Bamberg, Siena y Florencia. Su labor académica integra docencia, investigación y gestión de pastoral universitaria en Alemania, Polonia, Italia, España y Ecuador, donde actualmente se desempeña como capellán y docente en la PU-CESI.

Es autor de diversos libros sobre filosofía, literatura y mística —entre ellos *El concepto de espíritu en la antropología de Max Scheler*, *Pensamiento en la literatura española* y *Mística Fórum*— y de numerosos artículos especializados. Es además codirector del Aula “Ciencia y Creencia” e investigador de la Escuela Idente.

Índice

PRÓLOGO	13
1. Introducción	17
2. Palabras, voces y ruido	21
2.1 El lenguaje humano	22
2.2 Pon en palabras lo que sientes	27
2.3 El sonido del silencio	29
2.4 Ruido interno y ruidos externos	34
2.5 Móviles e inmóviles	40
3. Quipus, chasquis y redes	48
3.1 Redes de comunicación	49
3.2 Redes neuronales	54
3.3 Mensajes para la Historia	56
3.4 Pescadores o pescados	58
3.5 Redes sociales	61
4. Las reglas de Babel	65
4.1 Normas ortográficas	68
4.2 Registros lingüísticos	72
4.3 Códigos y convenciones	76
4.4 Jergas, “slang” y simplificaciones	83
4.5 Vicios de dicción	87
5. Del graffiti al grafeno	92
5.1 Semiótica: signos, indicios y señales	93
5.2 Imágenes y poder	108

5.3 La invención de la escritura.....	112
5.4 Alfabetos funcionales del siglo XXI.....	116
5.5 Magia dormida en manos digitales.....	120
6. Lecturas, cavernas y laberintos	125
6.1 La lectura: una misión para ser humanos	126
6.2 El libro y los textos clásicos	128
6.3 ¿Leer nos hace mejores?.....	133
6.4 El sentido de los proyectos de acción social y el voluntariado	139
6.5 El cambio empieza por uno/a mismo/a.....	143
REFERENCIAS	150

PRÓLOGO

Este libro, cuyos autores me han pedido introducir, creo que nace de la convicción profunda de que la comunicación puede cambiar el mundo. Cada palabra lleva consigo la fuerza de abrir caminos, de acercar a las personas y de transformar realidades; por eso, los autores nos invitan, a partir de estas líneas, a redescubrir la fuerza de la comunicación como puente de paz y como herramienta esencial para construir un futuro más justo y equitativo. Hoy, en medio de un mundo saturado de mensajes, los autores de este libro nos recuerdan la urgencia de recuperar la palabra como un acto de encuentro y de compromiso. Encuentro con uno mismo, en el silencio que da sentido interior; encuentro con los demás, en el diálogo que construye comunidad; y encuentro con Dios, como fuente de trascendencia y esperanza. También, compromiso activo con la justicia social, la participación política y el cuidado ambiental, porque comunicar no es solo hablar o escribir, sino asumir la responsabilidad de transformar el mundo que compartimos.

A través de la historia, los pueblos han tejido su memoria con palabras en relatos, cantos, símbolos y escrituras que han dado forma a culturas enteras. Este libro recoge esa tradición y la proyecta hacia el pre-

sente para descubrir que la palabra es también responsabilidad y acción, un modo de construir identidad personal, fortalecer el diálogo comunitario y comprometerse activamente con el cambio social que Ecuador y el mundo reclaman. Por eso, las páginas que siguen, que he leído con deleite, son una invitación a recorrer múltiples caminos relacionados con la riqueza y la complejidad de la comunicación tanto oral como escrita. Se tratan temas que escapan a los clásicos manuales de redacción y expresión oral, desde los sonidos y los silencios que nos habitan, los signos y sus interpretaciones, los quipus, hasta los grafitis en la ciudad y los registros lingüísticos, especialmente aquellos desarrollados a través de redes digitales. Cada capítulo abre una ventana distinta para redescubrir la fuerza de la comunicación y su vínculo con la transformación social.

Los autores enfrentan los desafíos actuales. Reflexionan sobre el impacto de las nuevas tecnologías, que multiplican las posibilidades de comunicación, pero también generan ruido, aislamiento y sedentarismo. Nos recuerdan que escribir bien en el siglo XXI no es solo dominar reglas ortográficas, sino también ser capaces de discernir entre la avalancha de mensajes, proponiendo la imagen de ser pescadores críticos y no peces atrapados en las redes de la desinformación. Así, el libro nos anima a ejercer una comunicación cons-

ciente, ética y liberadora. Al mismo tiempo, este recorrido nos invita a volver a la lectura como misión para ser humanos, a la comunicación como puente de paz. Cada tema, cada reflexión, busca despertar la certeza de que transformar la realidad comienza con algo tan aparentemente sencillo como elegir bien las palabras, darles hondura, cuidarlas y ponerlas al servicio del bien común.

En definitiva, esta publicación, más allá de pretender ser un manual técnico o un catálogo de normas, constituye un mapa que nos conduce a comprender que el lenguaje nos une y nos compromete tal y como propone la PUCE a través de la asignatura *Conocimiento, palabra y cambio social*. Esta se convierte en la puerta de entrada a la vida universitaria. Un espacio donde los estudiantes no solo aprenden a escribir y a expresarse con claridad, sino que descubren que cada palabra es también un acto de construcción de sentido y de transformación social. En este marco, el libro dialoga con las seis competencias transversales que definen el modelo de la persona PUCE: humanista y con proyecto vital; comprometido social, política y ambientalmente; crítico y analítico; creativo, innovador y emprendedor; motivado a ser más y comunicador asertivo. Cada capítulo se enlaza con estas competencias de manera práctica y reflexiva, de manera que el texto se convierte en un recurso pedagógico y, aunque este libro quizá se pensó inicialmente como un recurso imprescindible

para los estudiantes que empiezan su vida universitaria en la PUCE, sus páginas están abiertas a cualquier lector curioso. Quien lo tome entre sus manos encontrará una mirada amplia a la realidad nacional del Ecuador, de Latinoamérica y el mundo, con sus luces y sus sombras, con sus luchas y esperanzas. Este libro no solo constituye una parte identitaria de la PUCE al proponer una formación integral de seres humanos comprometidos, sino que además es uno de los primeros en nacer al amparo del nuevo modelo educativo. Un modelo que apuesta por el aprendizaje activo y la articulación de docencia, investigación y vinculación con la sociedad, en coherencia con un firme compromiso y responsabilidad social. En ese horizonte, esta obra se convierte en testimonio concreto de cómo la palabra puede ser herramienta para pensar críticamente, dialogar con respeto, crear con libertad y transformar con responsabilidad.

Carlos Corrales Gaitero

1. Introducción

En esta lengua en que lees y en la que están escritas las palabras que vas a ir encontrando, hay un pasado que no se ha ido del todo. Es la lengua que hablaron aquellos que habitaron una zona llamada Lacio y que nos dejaron el latín, y, a su vez, esta palabra “introducción”, que quiere decir conducir hacia adentro. Lacio existe, pero ya no se habla latín.

Este es el primer paso: ir hacia adentro de las páginas que siguen, guiarte en estos laberintos, que también es una forma de ir hacia adentro. Porque “laberinto” comparte con “introducción” la dirección, pero con un propósito que es “labor”. Eso significa laberinto: la labor hacia adentro. No es nuestra intención que te pierdas, sino que ese viaje te lleve a descubrir que estamos más cerca de aquellos que hablaban latín, o de quienes recorrían a pie aquellos caminos, que de lo que creemos cuando nos comunicamos en segundos por WhatsApp. Cambia el soporte, pero no la necesidad de comunicarnos, con todo lo que eso conlleva. Así que, nosotros, que creamos con este libro este laberinto, te invitamos a entrar. Al salir, nos encontraremos, pero... eso es para otra ocasión.

Pero queremos añadir algo más: este libro no surge solo como un ejercicio académico, sino como una contribución al nuevo modelo educativo de la PUCE.

Nuestra intención es aportar un granito de arena al proyecto de formar una persona integral con seis grandes competencias transversales que marcarán el perfil de los estudiantes.

Este camino comienza con ser humanista y con proyecto vital, porque la universidad no solo enseña conceptos, sino que ayuda a cada persona a preguntarse quién quiere ser, cómo quiere vivir y qué sentido tiene su vida. Las reflexiones que encontrarás aquí sobre comunicación, silencio, lectura o escritura buscan precisamente dialogar con esa búsqueda de sentido personal y comunitario. Así, el segundo rasgo es estar comprometido social, política y ambientalmente. Hablar de lenguajes para el cambio social no tendría valor si no estuviera enraizado en la realidad de nuestro país y nuestro planeta. Este libro quiere mostrar que la comunicación es también un acto de responsabilidad: con la justicia, con la democracia y con el cuidado de la casa común.

La tercera competencia es ser crítico y analítico. Frente a la avalancha de información, necesitamos ojos atentos y mentes despiertas. Aquí encontrarás invitaciones a pensar, a contrastar, a dudar y a dialogar, porque no basta con recibir mensajes: hay que desarmarlos, entenderlos y reconstruirlos.

El cuarto aspecto es la creatividad, innovación y emprendimiento. El lenguaje no es solo repetición, también es invención. Las palabras nuevas, los grafitis en

la calle, las redes sociales, los proyectos juveniles son ejemplos de cómo la comunicación abre caminos para crear mundos distintos. Este libro quiere animar a usar la imaginación como fuerza transformadora.

El quinto eje es estar motivado a ser más. No conformarse con lo mínimo, sino buscar siempre crecer, aprender, renovarse. En estas páginas, cada tema está pensado no como un punto final, sino como un inicio para la curiosidad, para seguir explorando, para abrir preguntas.

Finalmente, la sexta competencia es ser comunicador asertivo. No se trata solo de hablar o escribir bien, sino de saber escuchar, dialogar con respeto, disentir con argumentos y construir juntos. El libro entero es, de alguna manera, un ejercicio de comunicación asertiva: decimos lo que pensamos con claridad, pero siempre invitando al lector a responder, a dialogar y a construir con nosotros.

En resumen, lo que encontrarás aquí no es un manual cerrado, sino un laberinto pedagógico que busca entrenar las seis competencias que definen a la persona PUCE. Nuestro deseo es que cada página sea una invitación a crecer como ser humano integral, como ciudadano comprometido, como pensador crítico, como creador de futuro, como buscador incansable y como comunicador que transforma.

Los autores

2. Palabras, voces y ruido

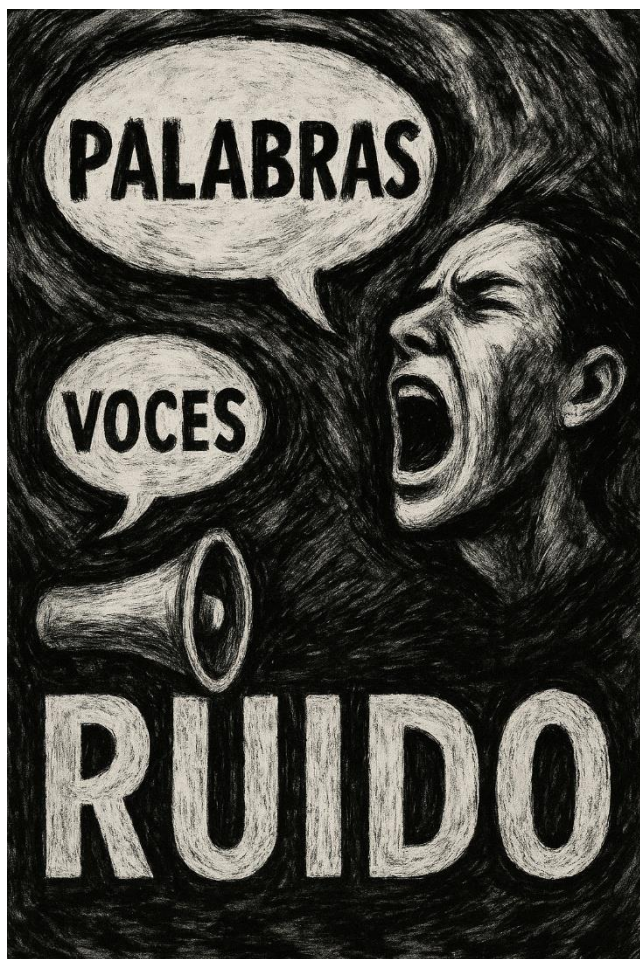


Ilustración elaborada con ayuda de IA

En el siglo XVI, un peregrino herido por la guerra y en busca de sentido se sentó a orillas del río Cardoner, en la ciudad catalana de Manresa. Allí, San Ignacio de Loyola vivió una experiencia espiritual transformadora. No fue una visión espectacular, sino una iluminación interior profunda que cambiaría su vida y daría origen a la espiritualidad ignaciana. Ignacio comprendió —de golpe— muchas cosas sobre Dios, el mundo y sí mismo, como si todo le fuera revelado con una nueva claridad.

Más allá de su contexto histórico, la llamada “experiencia del Cardoner” resuena hoy con una potencia inesperada. En un mundo saturado de ruido, velocidad y superficialidad, se hace urgente redescubrir esta invitación a ver con ojos nuevos y a discernir la presencia de Dios en lo cotidiano.

2.1 El lenguaje humano

El lenguaje humano es uno de los fenómenos más complejos y fascinantes que caracterizan a nuestra especie. A través de él, no solo compartimos información, sino que también construimos realidades, transmitimos cultura, emociones y experiencias. El lenguaje no es solo un medio para comunicarnos, sino una herramienta fundamental que nos permite establecer conexiones sociales, transmitir conocimientos y crear

nuevas ideas. Para comprender la naturaleza del lenguaje humano, es esencial analizar su estructura, el esquema comunicativo y el rol de cada actor involucrado en la interacción comunicativa, así como las distinciones entre los conceptos de lenguaje, lengua y habla.

El esquema comunicativo

El esquema comunicativo es el modelo que describe cómo ocurre el proceso de comunicación entre los seres humanos. En términos generales, el proceso comunicativo implica una serie de elementos interrelacionados, en los cuales diversos actores desempeñan roles específicos. Para ilustrarlo de manera sencilla, se puede pensar en el esquema comunicativo como un ciclo en el que se transmiten mensajes, con un emisor, un receptor, un canal y un código.

Emisor: El emisor es la persona o entidad que origina el mensaje. Su función principal es producir el mensaje que será transmitido al receptor. En este proceso, el emisor debe codificar la información de manera que sea comprensible para el receptor, es decir, debe elegir las palabras, sonidos o signos adecuados para transmitir lo que desea comunicar.

Receptor: El receptor es la persona o entidad que recibe el mensaje. Su función es interpretar o decodificar el mensaje recibido, es decir, convertir los signos, palabras o sonidos en una comprensión adecuada. El receptor, en muchas ocasiones, también

puede ofrecer retroalimentación al emisor, lo cual cierra el ciclo de comunicación.

Mensaje: El mensaje es el contenido que se transmite entre el emisor y el receptor. Este contenido puede ser verbal o no verbal, y puede tener diferentes formas, como una palabra hablada, un escrito, una señal o un gesto. La forma en que el mensaje es construido depende del código elegido por el emisor.

Canal: El canal es el medio por el cual el mensaje se transmite. Puede ser un canal auditivo (como el habla), visual (como la escritura o los gestos), o incluso táctil (como el uso del braille). El canal es esencial para la correcta transmisión del mensaje, ya que puede influir en la claridad y precisión de la comunicación.

Código: El código es el sistema de signos compartido entre el emisor y el receptor. En la comunicación verbal, el código es la lengua, mientras que en la comunicación no verbal, puede ser un conjunto de gestos, expresiones faciales o posturas. La comprensión mutua entre emisor y receptor depende de que ambos utilicen el mismo código.

Contexto: El contexto es el entorno en el cual ocurre la comunicación. Incluye factores como el lugar, el momento, las circunstancias y los conocimientos previos de los actores involucrados. El contexto influye significativamente en la interpretación del mensaje, ya que puede dar pistas sobre su significado y tono.

El rol de cada actor en la comunicación

Cada actor en el proceso comunicativo tiene un rol fundamental para garantizar que la información sea transmitida de manera clara y efectiva. El emisor, al ser el origen de la comunicación, tiene la responsabilidad de elegir el mensaje adecuado y de hacerlo de forma comprensible para el receptor. Además, debe tener en cuenta las características del receptor, como su nivel de conocimiento, su idioma, sus emociones y su cultura. El receptor, por su parte, no es simplemente un receptor pasivo de información. Su tarea es interpretar el mensaje en función de su propio contexto y experiencias previas, y brindar retroalimentación al emisor si es necesario. La retroalimentación es crucial para asegurar que el mensaje haya sido comprendido correctamente y puede manifestarse tanto de manera verbal como no verbal. El contexto también desempeña un papel esencial en el proceso comunicativo. Sin un contexto adecuado, el mensaje puede perder su sentido o ser malinterpretado. Por ejemplo, una frase que en un contexto determinado puede tener un tono amistoso, en otro contexto puede ser percibida como agresiva.

Diferenciación entre lenguaje, lengua y habla

Es importante señalar que, aunque estos tres términos están relacionados, no son sinónimos y cada uno tiene un significado y alcance distinto dentro del ámbito de la lingüística.

Lenguaje: El lenguaje es la facultad humana universal que permite la comunicación, la creación de significados y la transmisión de ideas. Es una capacidad cognitiva que nos permite conceptualizar el mundo, interpretar lo que nos rodea y establecer relaciones sociales. El lenguaje incluye tanto el componente verbal (como la lengua y el habla) como los aspectos no verbales (como los gestos, las expresiones faciales y el lenguaje corporal). Es una facultad humana abstracta, que no se limita a un sistema específico de signos.

Lengua: La lengua, por otro lado, es el sistema específico de signos y reglas que los seres humanos usan para comunicarse dentro de una comunidad lingüística. Es una forma concreta de lenguaje y está determinada por convenciones sociales y culturales. Existen muchas lenguas en el mundo (como el español, el inglés, el chino, entre otras), y cada una tiene su propio conjunto de reglas gramaticales, fonológicas y semánticas. La lengua es un sistema de comunicación que está estructurado y codificado, y se aprende en un entorno social, familiar y educativo.

Habla: El habla es la utilización individual y particular de la lengua en situaciones comunicativas concretas. Es la realización de los signos lingüísticos de la lengua en un momento dado. Mientras que la lengua es un sistema abstracto, el habla es la concreción de ese sistema en actos de comunicación específicos.

El habla varía según el contexto, el emisor, el receptor y la situación, por lo que no es un sistema fijo, sino algo dinámico. Cada persona tiene su propio estilo de habla, que puede verse influenciado por factores como la edad, el género, el nivel socioeconómico, la educación y la región geográfica.

2.2 Pon en palabras lo que sientes

El ser humano, a lo largo de la historia, ha buscado múltiples formas de expresar lo que siente. Desde los primeros gestos, pinturas rupestres o cantos rituales, hasta la poesía contemporánea, la necesidad de traducir las emociones en palabras es un rasgo universal. Cuando ponemos en palabras lo que sentimos, no solo estamos transmitiendo información a los demás, sino que estamos ordenando nuestra experiencia interior. Este proceso de verbalización transforma emociones abstractas en narrativas concretas, y ello tiene un poder sanador.

Diversos estudios en psicología confirman que el simple acto de nombrar una emoción ayuda a regularla. Esto se conoce como 'etiquetado emocional'. Al decir 'siento miedo', 'estoy triste' o 'me siento desesperanzado', activamos regiones del cerebro vinculadas al autocontrol y disminuimos la intensidad de la emoción negativa. De hecho, el mindfulness y otras terapias contemporáneas insisten en la importancia de reconocer y poner en palabras los estados emocionales como primer paso hacia la autocomprensión.

Ejemplo: un estudiante universitario que se siente ansioso antes de un examen puede decir 'tengo miedo de reprobarme'. Ese acto de verbalización le permite identificar la causa de su ansiedad y, a partir de allí, buscar estrategias de afrontamiento. Sin palabras, la ansiedad se experimenta como una masa difusa, pero al ser nombrada se vuelve específica y, por tanto, manejable.

La dimensión social de 'poner en palabras lo que siento' también es crucial. La empatía se construye a partir del diálogo emocional. Si una persona expresa 'me siento solo', da a los demás la oportunidad de responder con apoyo. El lenguaje se convierte así en un puente que une realidades subjetivas y genera comunidad. En sociedades marcadas por la prisa y el individualismo, recuperar el hábito de expresar emociones puede fortalecer los lazos sociales.

En el ámbito educativo, fomentar que los estudiantes expresen sus emociones es vital. Un aula no solo transmite contenidos, también es un espacio emocional. Un alumno que puede decir 'me siento frustrado con este tema' abre la puerta a que el docente busque nuevas estrategias de enseñanza. Si las emociones permanecen ocultas, afloran en forma de desinterés o apatía, afectando el aprendizaje. Por eso, enseñar a poner en palabras lo que se siente no es un lujo, sino una necesidad pedagógica.

En resumen, poner en palabras lo que sentimos es un acto de autoconocimiento, regulación emocional y construcción de comunidad. Nos permite comprendernos mejor y comprender a los demás. Nos humaniza y nos conecta. En un mundo saturado de información, pero a menudo pobre en comunicación auténtica, recuperar esta práctica es una herramienta de resistencia cultural y de cambio social.

No estamos diciendo que esto sea fácil; de hecho, no lo es, pues el propio sistema nos invita de alguna manera a tragar nuestras palabras siempre esperando un momento mejor. El ruido (del que después hablaremos) es constante. Sin embargo, si empiezas escribiendo un diario personal para entenderte a ti mismo, quizá sirva como primer paso.

2.3 El sonido del silencio

Lo último que quería Michel Le Van Quyen era silencio. Acostumbrado al ruido, a la actividad y la palabra, el despertar con una parálisis facial fue el peor de los escenarios para el autor de *Cerebro y silencio* (2019). Este parisino podría haber sido una de las 10.000 personas que, según la Agencia Europea de Medioambiente, mueren a causa de los efectos dañinos del ruido. El ruido auditivo en estos casos carga contra el sistema inmunitario y cardiovascular. Estamos inmersos en un mundo constante de estímulos

visuales, como son las pantallas o auditivos, como la música, los ruidos de la ciudad o del entorno en el que nos encontramos.

Dos años antes de este inesperado despertar, Le Van Quyen, desarrollaba su actividad profesional en algo muy relacionado con esta nueva situación en su vida. Investigador en neurociencia en el Instituto Nacional de Investigación Médica en Francia, recibió como diagnóstico agotamiento, cansancio extremo y, a modo de receta, reposo. Aunque esto puede suponer algo muy simple para este caso, lo cierto es que acabaría siendo, y más para un neurocientífico, el mayor y mejor descubrimiento. Vivirlo en primera persona fue para Le Van Quyen todo un reto. Acostumbrado a un ritmo frenético, el reposo, la quietud y el silencio fueron, en un primer momento, lo peor para este autor. Adaptarse a este nuevo ritmo fue todo un desafío que, superado, le llevaría al mejor descubrimiento: el silencio. El ruido, no sólo como lo describe Kahneman, en este caso el ruido de sonidos, de lo que atrapa nuestra vista, el ruido de nuestro pensamiento que no paran, es uno de los más grandes enemigos para el cerebro. Adaptado a ese tiempo de quietud, al silencio mental a través del descanso y el reposo, al silencio del entorno, este parisino emprendió un viaje de recuperación casi inesperado.

Desde aquí, Le Van Quyen dio paso a un nuevo estado que le llevó a estudiar, desde su propia

experiencia, el beneficio del silencio y la quietud para el bienestar del cerebro y, de ahí, para una mayor calidad de vida en general. Esto se unía a los resultados a los que había llegado en 2021 cuando descubrió que, también en reposo, nuestro cerebro consume una gran cantidad de energía. La denominó “energía oscura” que consiste en el proceso en el que el cerebro en estado de ensoñación, viaja en el tiempo, percibe sensaciones vívidas y permite construir nuestra identidad. De ahí la importancia del silencio para las neuronas. Ya en 2013 habían descubierto el beneficio del silencio en ratones. En seres humanos, dos minutos de silencio dan como resultado un ritmo cardíaco más lento y disminución de la presión arterial.

Necesitamos del ruido, sí. En experimentos llevados a cabo en cámaras absolutamente aisladas, creadas de forma específica para absorber todo ruido, los voluntarios empezaron a experimentar sensaciones extrañas que iban desde escuchar a su propio corazón, los ruidos del estómago y hasta la propia circulación de la sangre, a zumbidos, dolor de cabeza, pérdida de la orientación y alucinaciones. De ahí que, el ruido que nos acompañe sea el del murmullo de los arroyos, sonidos suaves de la naturaleza, pasear por los bosques, contemplar paisajes naturales... Los pacientes que se recuperan de una intervención en una habitación con

ruido controlado y con vistas a la naturaleza, se recuperan mucho mejor, más rápido y sin necesidad casi de fármacos.

Nazareth Castellanos es el ejemplo de cómo la interdisciplinariedad es el secreto a voces que confirma lo que ya se sabía hace mucho tiempo atrás: el cerebro es esa “máquina” que sigue sorprendiendo por aquello que lleva consigo. Lo mejor, que está en cada uno de nosotros, viene “de serie”. Castellanos es física teórica y doctora en neurociencia por la Universidad Autónoma de Madrid. Tras un par de años de descanso, cuando hubo de retomar su actividad profesional, se encontró con un giro inesperado que le llevaría a desarrollar su formación en el área de la neurociencia. Su interés empezó a centrarse en la línea de Le Van Quyen sobre la importancia del silencio, la meditación y el cerebro.

Según la tradición oriental, nuestro cerebro es como una máquina inagotable de pensamientos. Estar en diálogo interior es un rasgo propio de los seres humanos. Y, como señalaba el autor anterior, algo que acaba por agotar y puede desencadenar serios problemas de salud. Las investigaciones de Nazareth Castellanos han aparecido en dos obras, *Neurociencia del cuerpo* (2022) y *El espejo del cerebro* (2024). En ellas nos explica la relevancia de la meditación y la respiración y su impacto a la hora de reducir ese diálogo interior, ese “ruido” que son nuestros pensamientos que, una y

otra vez, aparecen a lo largo del día. Vivimos, dice la autora, con esa sensación que nos abrumba de no poder tener un botón con el que silenciar la actividad agotadora de la mente. Por eso, la respiración y la repetición de sonidos como son los mantrams, ayudan a que ese diálogo interior se aplaque, dando paso a la tranquilidad y a una mayor disponibilidad para tomar mejores decisiones.

No sólo es el silencio. También la palabra tiene capacidades terapéuticas y una fuerza que nos puede empujar tanto a lo más oscuro como a lo más alto. Mariano Sigman es un investigador argentino que ha desarrollado su proceso investigador en el área en la que obtuvo su licenciatura en Física en Buenos Aires, su lugar de nacimiento. Después se doctoró en Neurociencia en EE. UU y pasó una estancia posdoctoral en París. De las obras más recientes de Sigman contamos con *El poder de las palabras* (2022).

A pesar del título, no es este un libro de autoayuda, simplón y que cuenta con dos o tres frases motivacionales, tan de moda y tan perjudiciales. La obra de Sigman se basa en las investigaciones desde la neurociencia que demuestran que no perdemos nunca la capacidad de aprender en toda nuestra vida porque lo que se pierde por el camino es el gusto y el entusiasmo por aprender. El cerebro cree, literalmente, nuestras palabras. De ahí la necesidad de ser conscientes de qué palabras utilizamos al hablar en voz alta y de cuáles nos

decimos en nuestro diálogo mental. No es pensamiento mágico, no se trata de recitar sin parar un discurso para ser más inteligentes o superar un miedo o lograr convencer a alguien o a nosotros mismos. Eso es engañar y manipular.

Se trata de algo no tan agradable como es la perseverancia y la constancia, el trabajo continuo y honesto que supone corregirnos a nosotros mismos, estar pendientes para crear nuevas conexiones cerebrales, para desarrollar hábitos, como ya decía Aristóteles, que nos lleven a ser virtuosos, a tomar mejores decisiones gracias a ello. La palabra, pensada y verbalizada, tiene un impacto enorme en nuestro cerebro y el de los demás. Pero, como hemos dicho, no se trata de un día o dos ni de creer que es cuestión de actitud positiva. Es algo más, es aquello que demanda de nosotros conciencia plena y un ejercicio continuo, lo que, en los tiempos de inmediatez y cortoplacismo en el que vivimos, nos puede resultar casi un enemigo.

2.4 Ruido interno y ruidos externos

El Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman es conocido en el mundo entero por su capacidad de revelar lo que muchas veces intuimos, pero no logramos explicar con claridad. Su libro *Pensar rápido, pensar despacio* (2013) nos mostró que nuestras deci-

siones no son tan racionales como solemos creer; distinguió entre un “Sistema 1” rápido, automático, intuitivo, y un “Sistema 2” más lento, deliberativo y lógico. Años después, en su obra *Ruido* (2021), Kahneman amplía esta reflexión al advertirnos que, además de los sesgos cognitivos ya conocidos, existen interferencias invisibles que distorsionan los juicios humanos: lo que él llama ruido.

Generalmente entendemos por ruido un sonido desagradable, algo que irrumpe, molesta o dificulta la concentración. En la vida cotidiana lo experimentamos en el tráfico, en la música demasiado alta de un vecino, o en una conversación donde varias personas hablan al mismo tiempo. En fotografía también se habla de “ruido” para referirse a la falta de nitidez, a esos puntos o granos que impiden ver con claridad la imagen completa. En todos estos casos, el ruido es algo que entorpece la percepción.

Kahneman nos invita a trasladar esta metáfora a la forma en que pensamos y decidimos. Según su investigación, cuando los seres humanos tomamos decisiones —sean pequeñas o trascendentales— rara vez lo hacemos de la manera “racional” que nos gustaría imaginar: en calma, con tiempo suficiente, analizando con serenidad cada alternativa. Más bien ocurre lo contrario: nuestras decisiones están atravesadas por

elementos que no controlamos, por interferencias internas o externas que desvían el juicio. Ese conjunto de factores constituye el ruido.

Un aspecto importante es que este ruido no se percibe con facilidad. A diferencia del sesgo (que a veces se reconoce, por ejemplo, cuando sabemos que tenemos una preferencia política o cultural), el ruido opera en silencio, casi como un murmullo de fondo que cambia el rumbo de lo que pensamos sin que lo notemos. Lo más preocupante es que este fenómeno afecta tanto a las decisiones cotidianas como a aquellas que toman profesionales de los que depende la vida de otros: jueces, médicos, pilotos, policías, economistas, líderes políticos.

Pensemos en un ejemplo estudiado por Kahneman y su equipo: jueces que deben dictar sentencias en casos muy similares. Al analizar cientos de casos, se descubrió que las decisiones variaban de manera significativa dependiendo de la hora del día en que eran tomadas. Por la mañana, tras haber descansado y desayunado, los jueces eran más benevolentes; hacia la tarde, cansados y con hambre, tendían a ser más severos. Aquí no hablamos de cambios en la ley o en las pruebas, sino de factores aparentemente banales —el cansancio, el hambre, el humor del momento— que se convierten en ruido que distorsiona la justicia.

Este mismo fenómeno ocurre en muchos otros campos. Un médico puede diagnosticar con mayor o menor acierto dependiendo de su carga de trabajo o del estado emocional en el que se encuentre. Un profesor puede calificar con más indulgencia un examen si lo corrige temprano, descansado, o con mayor dureza si lo revisa de madrugada tras un día agotador. Un piloto puede reaccionar con calma o con nerviosismo ante una situación crítica dependiendo de si ha tenido un descanso adecuado antes del vuelo. En todos estos casos, las decisiones que deberían ser consistentes y objetivas están contaminadas por ruidos externos (el contexto, las circunstancias, el ambiente) o por ruidos internos (el cansancio, el estrés, las emociones, la predisposición).

Ahora bien, más allá de estos ejemplos profesionales, ¿qué ocurre en nuestra vida diaria? También nosotros enfrentamos el ruido cada vez que debemos decidir algo: desde escoger qué carrera estudiar hasta decidir qué mensaje enviar en una conversación importante. En ocasiones creemos que estamos pensando con total libertad, pero en realidad nuestro juicio se ve afectado por factores como:

- El estado de ánimo: una persona enojada percibe el mundo de manera distinta a cuando está alegre.

- La fatiga mental: después de horas de trabajo o de estudio, el cerebro busca atajos y decide más por impulso que por reflexión.
- Las expectativas previas: lo que esperamos de una situación puede cegarnos ante lo que realmente ocurre.
- El contexto social: no es lo mismo decidir en soledad que bajo la presión del grupo, donde el “qué dirán” actúa como ruido externo.

Podemos entonces diferenciar entre ruido interno y ruido externo. El primero es el que nace en nuestro interior: cansancio, emociones, prejuicios, estados de ánimo. El segundo proviene de fuera: publicidad invasiva, opiniones de otros, presiones del entorno, exceso de información. Ambos interactúan constantemente y condicionan nuestras decisiones. Un ejemplo de ruido externo lo vemos en la publicidad. Al entrar a un supermercado, somos bombardeados por colores, sonidos, aromas estratégicamente ubicados para inducirnos a comprar más de lo que necesitamos. Creemos que decidimos libremente, pero en realidad estamos reaccionando a estímulos cuidadosamente diseñados para generar ese efecto. El marketing estudia y aprovecha ese ruido.

En cambio, un ejemplo de ruido interno podría ser el caso del estudiante que, antes de rendir un examen, siente ansiedad y cree que olvidará todo lo estudiado.

Esa emoción no refleja su verdadero conocimiento, pero interfiere en su desempeño y en su decisión sobre qué responder primero o cómo distribuir el tiempo. El ruido aquí no es externo, sino interno, y puede ser tan poderoso como una campaña publicitaria.

La pregunta clave es: ¿cómo podemos manejar el ruido? Kahneman no ofrece soluciones mágicas, pero sí algunas recomendaciones. Una de ellas es diseñar procedimientos y protocolos claros que reduzcan la variabilidad de los juicios. Por ejemplo, en medicina, el uso de listas de verificación antes de una cirugía disminuye los errores, porque obliga a revisar paso a paso los elementos esenciales sin dejar espacio a la improvisación. En el ámbito judicial, se proponen criterios más uniformes para dictar sentencias, reduciendo así la influencia de factores personales.

A nivel individual, también podemos aprender a reconocer nuestros propios ruidos. Hacer una pausa antes de decidir, preguntarnos por qué sentimos urgencia o inseguridad, identificar si estamos cansados o si una emoción particular está influyendo, puede ayudarnos a tomar decisiones más conscientes. No se trata de eliminar el ruido por completo —lo cual es imposible—, sino de reconocerlo para que su influencia sea menor.

Al final, hablar de ruido interno y externo es hablar de la fragilidad de la condición humana. Nos gusta pensar que somos seres plenamente racionales, pero la

verdad es que nuestras elecciones están teñidas de factores invisibles. Reconocer esta fragilidad no debe desanimarnos, sino hacernos más humildes y cuidadosos. Al aceptar que siempre habrá ruido, podemos construir estrategias para disminuirlo y, sobre todo, podemos ser más comprensivos con los errores propios y ajenos. En definitiva, el ruido no solo nos condiciona como individuos, sino que atraviesa también nuestras instituciones, nuestras culturas y nuestras sociedades. Entenderlo es el primer paso para aprender a convivir con él y para construir un mundo donde las decisiones —personales y colectivas— sean más justas, más conscientes y, sobre todo, más humanas.

2.5 Móviles e inmóviles

La llegada de los teléfonos celulares ha transformado profundamente la vida cotidiana, facilitando la comunicación, el acceso a la información y el entretenimiento. Estos dispositivos se han vuelto indispensables en la vida de millones de personas alrededor del mundo, tanto en entornos laborales como sociales. Sin embargo, esta revolución tecnológica ha tenido consecuencias no solo positivas, sino también negativas, especialmente en lo que respecta a la salud. Uno de los efectos más preocupantes de la proliferación de los celulares ha sido el aumento del sedentarismo, un fenómeno que se ha intensificado con el tiempo y que

ahora se considera una de las principales causas de enfermedades crónicas.

El sedentarismo, entendido como la falta de actividad física o el comportamiento caracterizado por pasar largas horas sin moverse, se ha vuelto una de las preocupaciones más grandes de salud pública en el siglo XXI. De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), este estilo de vida sedentario está asociado con el aumento de problemas como la obesidad, enfermedades cardiovasculares, diabetes tipo 2 y diversos trastornos musculoesqueléticos. La tecnología, que debería en teoría fomentar el bienestar y la actividad, parece haber tenido el efecto contrario, ya que ha provocado que las personas, especialmente los jóvenes, pasen más tiempo sentados, inmóviles y sin realizar ejercicio.

La Era Digital: Entre la conectividad y la inactividad

El celular es, indudablemente, uno de los principales factores que contribuyen al aumento del sedentarismo en la sociedad contemporánea. Originalmente concebido como un dispositivo de comunicación móvil, el celular ha evolucionado en una herramienta multifuncional que abarca no solo llamadas y mensajes de texto, sino también acceso a internet, aplicaciones de redes sociales, videojuegos, transmisión de contenido

multimedia (como series y películas), trabajo a distancia y compras en línea. El celular ha logrado captar nuestra atención durante horas, generando un ciclo de dependencia que con frecuencia nos aleja de la actividad física.

La principal razón detrás del aumento del sedentarismo debido al uso de los celulares está en su capacidad para mantener a las personas atrapadas en un entorno virtual. A diferencia de las actividades físicas tradicionales, como caminar, correr o practicar deportes, el uso del celular implica estar sentado o reclinado frente a una pantalla. Si bien la tecnología ofrece posibilidades de ejercicio a través de aplicaciones y dispositivos conectados, como los rastreadores de actividad o las rutinas de ejercicio en línea, la mayoría de las personas se inclinan más hacia actividades pasivas que requieren poco esfuerzo físico. Esta pasividad, alimentada por las interacciones sociales virtuales y el consumo de contenidos de entretenimiento, ha desplazado a las actividades físicas que solían ser comunes en generaciones pasadas.

Uno de los efectos más profundos del celular sobre el sedentarismo es el cambio en los comportamientos sociales. En el pasado, las interacciones sociales a menudo requerían desplazarse o salir de casa, lo que involucraba, de alguna forma, actividad física. Sin embargo, con la aparición de las redes sociales y las

aplicaciones de mensajería instantánea, las personas han comenzado a sustituir las interacciones cara a cara por conversaciones virtuales. En lugar de ir a la plaza a encontrarse con amigos o practicar algún deporte en grupo, se prefiere quedar en casa y socializar a través de plataformas como WhatsApp, Facebook, Instagram o Twitter.

Este fenómeno no solo ha afectado las relaciones sociales, sino también las dinámicas familiares. En muchas ocasiones, los miembros de una misma familia se encuentran en la misma habitación, pero cada uno está absorto en su celular, enviando mensajes o revisando redes sociales, en lugar de interactuar entre sí de manera activa. Este aislamiento físico, combinado con la inactividad, ha creado un caldo de cultivo perfecto para el aumento del sedentarismo.

Otro factor relevante que ha incrementado el sedentarismo es el auge de los videojuegos móviles. Los avances tecnológicos en los dispositivos móviles han permitido que las personas jueguen videojuegos de alta calidad en sus teléfonos celulares, lo que ha llevado a que muchos pasen horas sumidos en estos entretenimientos. Si bien los videojuegos pueden ser una fuente de distracción y relajación, su consumo excesivo tiene efectos negativos sobre la salud física. Al igual que con las redes sociales, los videojuegos móviles fomentan una actividad mental intensa, pero escasa

actividad física. Los jugadores pueden pasar horas consecutivas frente a la pantalla de su celular, inmóviles, sin ningún tipo de ejercicio físico. Esta sedentarización progresiva afecta especialmente a los niños y adolescentes, quienes son los principales consumidores de videojuegos y tecnología móvil. Con la llegada de las plataformas de *streaming*, como Netflix y YouTube, la tendencia de ver series, películas y videos en línea también contribuye al sedentarismo. Las personas, en su mayoría, eligen ver contenido desde sus dispositivos móviles en lugar de realizar actividades que impliquen movimiento.

El trabajo remoto o a distancia es otro aspecto crucial que ha contribuido al aumento del sedentarismo. Con la pandemia de COVID-19, el trabajo desde casa se convirtió en una opción obligada para millones de personas, y los teléfonos móviles jugaron un papel central en esta nueva modalidad laboral. Aunque el trabajo remoto ofrece flexibilidad y comodidad, también ha reducido considerablemente las interacciones físicas y la movilidad diaria.

La dependencia del celular para gestionar correos electrónicos, videoconferencias y aplicaciones laborales ha incrementado el tiempo frente a la pantalla. La falta de desplazamiento al lugar de trabajo, que antes implicaba caminar o utilizar transporte, ha eliminado una de las principales fuentes de actividad física

diaria. Así, las jornadas laborales que se realizan principalmente desde el celular han exacerbado los problemas de sedentarismo, ya que las personas, al no tener que moverse de su hogar, tienden a permanecer sentadas durante largas horas.

El impacto del aumento del sedentarismo relacionado con el uso de los celulares en la salud es cada vez más evidente. Según diversos estudios científicos, la falta de actividad física está asociada con el aumento de enfermedades crónicas como la obesidad, las enfermedades cardiovasculares, la diabetes tipo 2 y el cáncer. El sedentarismo también está vinculado a problemas musculoesqueléticos, como dolores en la espalda, cuello y articulaciones, debido a las malas posturas mantenidas por largos períodos frente a la pantalla del celular.

El sedentarismo también afecta la salud mental, como viene demostrando la literatura científica con diversos estudios y como se ha venido sabiendo o intuyendo desde la no siempre valorada sabiduría popular. Así, la falta de movimiento y el aislamiento social derivado del uso excesivo del celular pueden contribuir a la aparición de trastornos como la depresión y la ansiedad. El hecho de que las personas pasen tanto tiempo conectadas a sus dispositivos móviles y socializando virtualmente en lugar de interactuar cara a cara

puede generar sentimientos de soledad, desconexión y ansiedad.

Para contrarrestar el sedentarismo provocado por el uso de los celulares, es necesario adoptar hábitos saludables que promuevan la actividad física y la interacción social en el mundo real. Afortunadamente, muchos dispositivos móviles ofrecen aplicaciones que fomentan el ejercicio físico, desde entrenamientos guiados hasta recordatorios para moverse. Es importante que los usuarios sean conscientes de la necesidad de hacer pausas activas, levantarse, caminar o estirarse cada cierto tiempo.

Asimismo, se debe fomentar un uso equilibrado de la tecnología, limitando el tiempo frente a la pantalla y promoviendo actividades que impliquen movimiento. Programas educativos y campañas de concientización sobre los efectos negativos del sedentarismo y la importancia de la actividad física son esenciales para revertir este fenómeno. Incluir más actividades al aire libre, practicar deportes en grupo y promover el contacto directo entre las personas pueden ser medidas efectivas para combatir el sedentarismo.

Los teléfonos celulares, aunque han traído consigo innumerables ventajas, también han sido un factor importante en el aumento del sedentarismo, transformando el modo en que nos relacionamos con

nuestro entorno y entre nosotros mismos. El tiempo prolongado frente a las pantallas, el aislamiento social y la reducción de las actividades físicas son consecuencias inevitables de un uso excesivo de estos dispositivos. Sin embargo, con conciencia y cambios en los hábitos, es posible mitigar los efectos negativos de la tecnología y fomentar un estilo de vida más activo y saludable. La clave está en encontrar el equilibrio entre los beneficios que ofrecen los celulares y la necesidad de mantener nuestra salud física y mental.

3. Quipus, chasquis y redes

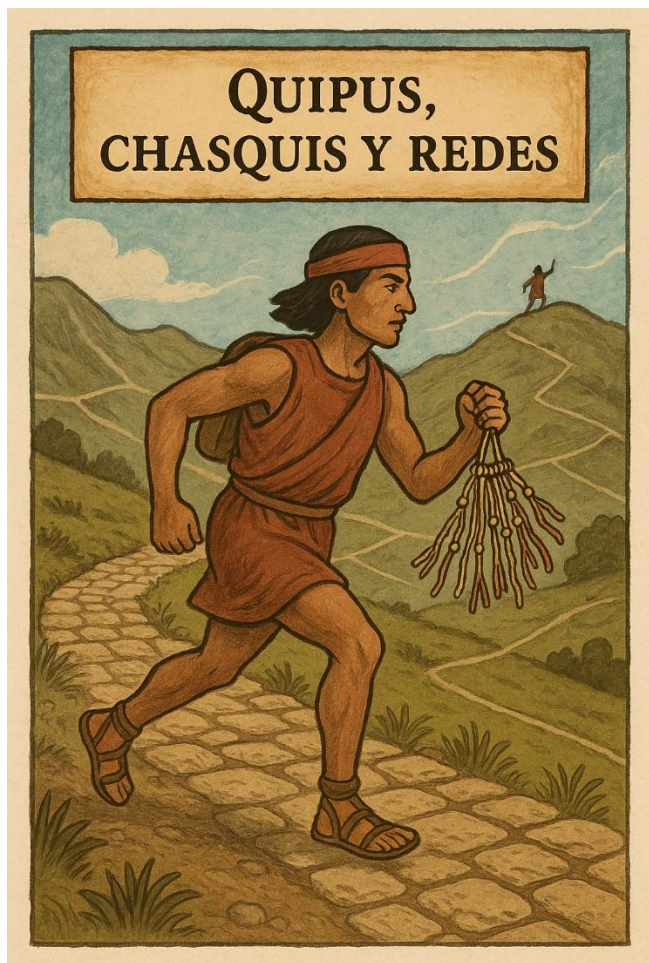


Ilustración elaborada con ayuda de IA

«La comunicación a distancia para la Compañía de Jesús supuso un paso significativo, quizá el más determinante, en la propagación de la fe católica. Por medio de una red que transportó continuamente bienes materiales, obras artísticas, noticias y recursos humanos, los jesuitas vincularon distintas comunidades que interactuaban en situaciones de correspondencia, auxilio y patrocinio. Desde inicios de la edad moderna y hasta mediados del siglo XVIII, los seguidores de Ignacio de Loyola valoraron muy alto el coste del conocimiento, de un saber-hacer, de un saber-del-otro.»

Referencia:

Martínez Millán, J. (2017). La Compañía de Jesús y la comunicación en la Edad Moderna. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

3.1 Redes de comunicación

Transformación social a través de la comunicación y la conexión

La historia de la humanidad está marcada por la búsqueda de formas efectivas de comunicación. Desde los quipus y los chasquis del Imperio Inca hasta las redes digitales contemporáneas, cada sistema ha sido una respuesta a las necesidades de su tiempo, permitiendo a las sociedades expandirse, organizarse y cambiar.

Grandes pensadores han reflexionado sobre el poder transformador de la comunicación, destacando su impacto en la construcción del tejido social y en el impulso de la innovación. Este capítulo profundiza en estas ideas, incorporando las perspectivas de autores clásicos y contemporáneos.

Los Quipus: memoria e información en nudos e hilos

Los quipus, descritos por Garcilaso de la Vega en *Comentarios Reales de los Incas* como "un alfabeto sin letras", eran un sistema único que trascendía lo meramente utilitario. Para Garcilaso, los quipus reflejaban una civilización que, aunque *no tenía escritura alfabética*, había desarrollado una forma extraordinaria de registrar y transmitir conocimiento.

Claude Lévi-Strauss, en su obra *Tristes Trópicos*, reflexiona sobre las formas alternativas de escritura y su relación con el pensamiento estructural. Lévi-Strauss habría considerado los quipus como un ejemplo de cómo las culturas desarrollan sistemas simbólicos que estructuran y organizan su mundo, destacando la capacidad humana para innovar incluso en ausencia de herramientas tradicionales. Es decir, los quipus no solo registraban datos económicos, sino también aspectos culturales, transmitiendo historias y preser-

vando la memoria colectiva. En palabras del historiador peruano Franklin Pease, “los quipus eran una red de memoria que mantenía unido al Imperio Inca, no por coerción, sino por el entendimiento compartido de una estructura compleja y funcional.”

Chasquis: La urgencia de la conexión

Los chasquis, corredores que mantenían la comunicación fluida en el vasto territorio andino, encarnan la idea del movimiento como metáfora del cambio social. El filósofo francés Paul Virilio, en su obra *La Velocidad de Liberación*, argumenta que la velocidad es un componente crucial en la modernidad y en las relaciones humanas. Aunque Virilio analiza el impacto de la tecnología moderna, su idea de que “la velocidad transforma las sociedades” se aplica al sistema de chasquis, que funcionaba como un precursor de las redes de comunicación contemporáneas.

Octavio Paz, en su ensayo *El Laberinto de la Soledad*, reflexiona sobre la comunicación como una forma de superar la soledad y crear comunidad. Los chasquis, con su labor de conectar regiones aisladas del imperio, representan esta aspiración universal de superar las barreras geográficas y culturales a través del intercambio constante de mensajes y recursos.

Las Redes Digitales: El nuevo “Qhapaq Ñan”

Las redes digitales de hoy son el equivalente moderno del Qhapaq Ñan, la vasta red de caminos que

unía el Imperio Inca. Mientras los caminos físicos conectaban regiones a través de corredores humanos, las redes digitales conectan a personas de todo el mundo en tiempo real. En este sentido, el sociólogo Manuel Castells, en su obra *La Sociedad Red*, afirma que "la capacidad de las redes para conectarse y desconectarse, según sea necesario, define el nuevo orden de la sociedad global." Las redes digitales, como los quipus y los chasquis, tienen el poder de transformar la manera en que nos organizamos y luchamos por el cambio social.

Zygmunt Bauman, en *Tiempos Líquidos*, describe cómo la comunicación en un mundo globalizado ha cambiado la forma en que percibimos las distancias y las fronteras. La tecnología ha "licuado" las barreras físicas, permitiendo que las ideas viajen a una velocidad antes inimaginable. Esta característica de las redes modernas resuena con la función de los chasquis, quienes desafiaban los límites del tiempo y el espacio para mantener unido al imperio.

De la Memoria Colectiva a la Acción Global

Un hilo común conecta a los quipus, los chasquis y las redes digitales: todos ellos han servido como herramientas para preservar la memoria colectiva y catalizar el cambio social. Walter Benjamin, en su ensayo *Sobre el Concepto de Historia*, argumenta que el pasado no debe ser una mera colección de eventos, sino una fuerza activa en la construcción del futuro. Los quipus,

al registrar la historia y los recursos de los incas, actuaron como un mecanismo para aprender del pasado y construir una sociedad cohesionada. Hoy, las redes digitales cumplen una función similar al recopilar y archivar vastas cantidades de datos. Sin embargo, como advierte Benjamin, *la memoria no debe ser estática; debe movilizarse para impulsar la acción.*

El poder transformador de la Comunicación

En su obra *Comprender los Medios de Comunicación*, Marshall McLuhan popularizó la frase "el medio es el mensaje", argumentando que la forma en que nos comunicamos tiene un impacto tan profundo como el contenido mismo. En el caso de los quipus, los chasquis y las redes digitales, los medios de comunicación no solo han transmitido mensajes, sino que han modelado la estructura de las sociedades en las que operan.

El impacto del cambio social a través de estos sistemas no radica únicamente en su tecnología, sino en la forma en que conectan a las personas y fomentan la colaboración. Según Yuval Noah Harari, en *Sapiens*, "la cooperación a gran escala es lo que ha permitido a las sociedades humanas prosperar." Desde los corredores de los Andes hasta las plataformas de redes sociales, la comunicación ha sido la clave para esta cooperación.

Reflexión final: Tejiendo redes a lo largo del tiempo

Quipus, chasquis y redes digitales son expresiones de una misma necesidad: conectar, organizar y transformar. Cada uno en su tiempo ha desafiado los límites del conocimiento y la distancia, ampliando las posibilidades de interacción humana. Hoy, las lecciones de los sistemas de comunicación del pasado pueden ayudarnos a navegar las complejidades de un mundo hiperconectado. Como lo expresó Antonio Gramsci: "El viejo mundo se muere, y la nueva era lucha por nacer." En esa lucha, la comunicación —ya sea con nudos, corredores o bits— seguirá siendo el puente hacia un cambio social significativo.

3.2 Redes neuronales

Las redes neuronales constituyen uno de los sistemas más asombrosos de la naturaleza. De hecho, se suele decir que es la última frontera de la ciencia, al mismo nivel que la exploración del universo. El cerebro humano, con sus aproximadamente 86 mil millones de neuronas, funciona como una red viva de comunicación constante. Cada neurona se conecta con miles de otras, formando una maraña que procesa pensamientos, recuerdos, emociones y aprendizajes.

La neurociencia nos ha mostrado que cada experiencia que vivimos deja huellas en estas conexiones.

Cuando aprendemos una nueva habilidad, como tocar un instrumento o resolver un problema matemático, nuestro cerebro crea nuevas sinapsis o refuerza las ya existentes. Esta plasticidad cerebral es la base del aprendizaje y demuestra que nunca dejamos de cambiar. La metáfora de la red neuronal, por tanto, nos ayuda a entender que el conocimiento no se almacena en compartimentos aislados, sino en una compleja interacción de conexiones.

Pero el término 'redes neuronales' también se ha trasladado al campo de la tecnología. En inteligencia artificial, las redes neuronales artificiales buscan imitar el funcionamiento del cerebro humano para reconocer patrones, tomar decisiones y hasta 'aprender' de datos. Aunque no son cerebros, estos sistemas han revolucionado áreas como la medicina, la traducción automática y la robótica. Ejemplo: una red neuronal artificial entrenada con miles de imágenes médicas puede detectar tumores con un nivel de precisión similar al de un especialista humano. Esto abre posibilidades para democratizar el acceso a diagnósticos, especialmente en comunidades con pocos recursos médicos.

La comparación entre redes neuronales biológicas y artificiales nos plantea preguntas éticas. ¿Hasta dónde queremos delegar decisiones en máquinas? ¿Qué pasa con los sesgos de los datos con que entre-

namos estas redes? Si la plasticidad del cerebro humano es infinita, la de las máquinas depende de quienes las programan. De ahí la necesidad de formar ciudadanos críticos capaces de aprovechar estas herramientas sin perder de vista la dignidad humana.

3.3 Mensajes para la Historia

Cada sociedad deja huellas de sí misma a través de los mensajes que transmite. Algunos se graban en piedra, otros en papel, y hoy en servidores digitales repartidos por todo el mundo. Estos mensajes conforman la memoria histórica y nos dicen quiénes fuimos, qué valoramos y qué luchas emprendimos. La Historia, sin embargo, rara vez se cuenta de manera neutral. Los vencedores suelen imponer sus narrativas, mientras que las voces de los vencidos permanecen silenciadas. Por eso, una tarea fundamental de la educación crítica es recuperar esos relatos ausentes: las mujeres invisibilizadas, los pueblos indígenas, los movimientos obreros. Darles palabra en la Historia es un acto de justicia.

En este sentido, es importante recordar cómo durante siglos, las crónicas de la conquista de América narraron los hechos desde la perspectiva de los colonizadores, tanto españoles como portugueses o ingleses. Hoy, rescatar los testimonios indígenas, ya sea en quipus, códices o relatos orales, nos permite tener una

visión más completa y menos parcializada de ese encuentro brutal de culturas, para entender lo bueno y lo malo que pudo suceder, los matices, las razones, causas y consecuencias, más allá de interpretaciones maniqueas, sesgadas, simplistas o al servicio de la manipulación populista. No debemos caer en el error de pensar que los tiempos de colonización ya pasaron; situaciones de abuso hacia los pueblos originarios donde el vencedor pretende imponer su verdad también se han venido dando en el siglo XX y XXI. Por ejemplo, en la película *Killers of the Flower Moon*, la cual está ambientada en la década de 1920 en Oklahoma y narra el asesinato en serie de miembros de la Nación Osage (pueblo indígena), quienes se hicieron ricos con el descubrimiento de petróleo en sus tierras ancestrales.

En la era digital, enviar 'mensajes para la Historia' se ha vuelto aún más complejo. Una publicación en redes sociales puede convertirse en testimonio de luchas sociales (como el movimiento #MeToo o las protestas juveniles en Chile y Ecuador). Estos mensajes no solo informan: documentan una época. La pregunta es: ¿qué memoria queremos legar a quienes vendrán después? ¿Queremos dejar nuestra huella (como reza el eslogan de la universidad) o pasar por este mundo sin pena ni gloria, como de puntillas?

3.4 Pescadores o pescados

En el océano inmenso de información en el que navegamos cada día, las personas podemos adoptar dos roles muy distintos: el de pescadores o el de pescados. La metáfora es sencilla, pero poderosa. Quien actúa como pescador no se conforma con lo primero que aparece en la superficie; lanza su red con paciencia, distingue entre lo útil y lo irrelevante, selecciona con criterio y aprovecha lo encontrado para nutrirse y crecer. En cambio, quien se comporta como pescado se deja atrapar fácilmente por los anzuelos de mensajes que circulan sin control, sin detenerse a pensar en quién los lanzó ni con qué propósito. Así, ser pescador supone un ejercicio activo de búsqueda y discernimiento. Implica tomar la iniciativa, reconocer que no toda información tiene el mismo valor y que para construir conocimiento es necesario discriminar entre fuentes confiables y fuentes dudosas. Ser pescado, por el contrario, es adoptar una postura pasiva: dejarse llevar por el flujo interminable de publicaciones, reenviar sin pensar, consumir sin contrastar. En la era digital, donde cada minuto se suben millones de contenidos a internet, la diferencia entre un papel y otro marca el límite entre la autonomía y la manipulación.

Un ejemplo cotidiano lo ilustra bien. Imaginemos a dos estudiantes universitarios que deben elaborar un ensayo. El primero dedica tiempo a buscar en

bibliotecas físicas y virtuales, consulta bases académicas, compara versiones y coteja datos antes de escribir su propio argumento. Ese estudiante encarna al pescador: alguien que entiende que la verdad no se encuentra en un solo lugar y que el conocimiento requiere contrastar voces diversas. El segundo estudiante, en cambio, copia lo primero que aparece en un buscador como Google o, más seguramente, le pide al ChatGPT de cualquier manera, sin un *prompt* bien hecho y lastimosamente sin verificar su procedencia ni preguntarse quién lo escribió. Al actuar así, reproduce errores, sesgos que nacen de datos defectuosas o incompletas, se expone a noticias falsas y pierde la oportunidad de ejercitar su pensamiento crítico. En este caso, el acceso a la información es el mismo para ambos, pero la diferencia radica en la actitud con la que se aproximan a ella.

La metáfora del pescador y el pescado se vuelve aún más clara cuando pensamos en cómo circulan los bulos, rumores y teorías conspirativas en redes sociales. Un titular llamativo, una imagen editada o un video sacado de contexto son suficientes para que miles de personas lo compartan sin detenerse a reflexionar. En estos casos, los algoritmos juegan el papel de redes invisibles que atrapan a los usuarios más desprevenidos. Cuantas más veces se comparte un men-

saje, más creíble parece, aunque carezca de fundamento. Así, la información falsa se propaga como una marea que arrastra a los incautos.

Por eso, la alfabetización mediática se vuelve indispensable en la educación contemporánea. Ya no basta con enseñar a leer y escribir en el sentido tradicional; es necesario formar lectores críticos de medios. Esto significa desarrollar la capacidad de contrastar fuentes, verificar datos, identificar sesgos y reconocer la intencionalidad de los mensajes. Un estudiante alfabetizado mediáticamente aprende a hacerse preguntas clave: ¿quién escribe?, ¿desde dónde lo hace?, ¿qué intereses puede tener?, ¿cómo se sustenta lo que afirma? Estas preguntas son como anzuelos que permiten distinguir entre la información que nutre y la que solo intoxica.

No se trata de desconfiar de todo, sino de aprender a mirar con atención. De la misma manera que un buen pescador conoce los mares, el clima y las estaciones, el buen lector de información debe conocer los medios, los contextos y las agendas que circulan detrás de las noticias. De lo contrario, corremos el riesgo de vivir en sociedades manipuladas por intereses políticos, económicos o incluso criminales, que explotan nuestra pasividad para dirigir nuestra opinión y nuestras decisiones. En última instancia, ser pescador o pescado no es un destino fijo, sino una elección cotidiana. Todos podemos caer alguna vez en las redes

del engaño, pero lo importante es cultivar hábitos que nos devuelvan al papel de pescadores críticos. Solo así podremos navegar en este océano informativo sin miedo a naufragar y con la certeza de que la red que lanzamos nos traerá aprendizajes valiosos, no anzuelos envenenados.

3.5 Redes sociales

Las redes sociales digitales se han convertido en uno de los escenarios más influyentes de nuestro tiempo. No solo son espacios de entretenimiento o de interacción casual: hoy en día son auténticas plazas públicas virtuales donde se construyen identidades, se comparten experiencias, se libran debates y se organizan movimientos. Plataformas como Facebook, Instagram, TikTok o X (antes Twitter) ya no pueden entenderse como simples aplicaciones: se han transformado en lenguajes que configuran cómo pensamos, cómo nos relacionamos y cómo intervenimos en la sociedad.

Desde una perspectiva positiva, las redes sociales ofrecen un poder democratizador inédito. Por primera vez en la historia, millones de personas pueden difundir sus ideas sin necesidad de intermediarios. Campañas globales como #NiUnaMenos o #BlackLivesMatter han visibilizado violencias estructurales y discriminaciones históricas que antes quedaban ocultas. Estos movimientos muestran que un solo tuit, un video grabado con un celular o una publicación viral

pueden convertirse en detonadores de conciencia colectiva y hasta impulsar cambios políticos. En América Latina, basta recordar las protestas estudiantiles en Chile (2019) o las movilizaciones en Ecuador (2019 y 2022), donde las redes jugaron un papel crucial para coordinar marchas, compartir información alternativa y contrarrestar narrativas oficiales.

Sin embargo, las redes sociales también son un campo plagado de riesgos. El mismo canal que puede dar voz a quienes nunca la tuvieron puede amplificar discursos de odio, noticias falsas y campañas de manipulación política. La velocidad de la información es, a la vez, su virtud y su peligro: lo que se difunde sin filtro no siempre es verdad, pero se presenta como tal. Así, un rumor puede convertirse en tendencia mundial en cuestión de minutos. La metáfora del “fuego digital” es clara: un chispazo malintencionado puede expandirse rápidamente y dejar tras de sí daños irreparables en la reputación de personas, colectivos o instituciones.

Ejemplo: durante procesos electorales, grupos organizados han usado ejércitos de cuentas falsas (los llamados bots) para difundir mensajes dirigidos a manipular la opinión pública. En estos casos, las redes sociales dejan de ser un espacio de deliberación democrática y se convierten en un terreno de batalla propagandística. El ciudadano que no está alfabetizado digi-

talmente corre el riesgo de ser pescado por esos anzuelos virtuales, perdiendo su autonomía de pensamiento.

Otro aspecto crítico es el impacto de las redes en la construcción de identidad y autoestima. Los jóvenes, principales usuarios de estas plataformas, muchas veces miden su valor en función de “likes” y seguidores. La comparación constante con imágenes idealizadas —viajes perfectos, cuerpos inalcanzables, vidas aparentemente felices— puede generar sentimientos de frustración, ansiedad o depresión. Aquí también surge una paradoja: lo que debería acercarnos puede aislarnos, pues sustituimos el encuentro real por interacciones superficiales mediadas por pantallas.

Pero no todo es negativo. Bien utilizadas, las redes sociales pueden convertirse en verdaderos lenguajes para el cambio social. Estudiantes que crean cuentas para difundir proyectos comunitarios, colectivos que denuncian injusticias ambientales o campañas de voluntariado que logran convocar miles de manos solidarias son ejemplos de cómo estas plataformas pueden ser herramientas de transformación. Lo importante es entender que no basta con publicar o compartir un mensaje: hay que pensar en su alcance, en su impacto y en la responsabilidad que implica comunicar en entornos tan amplios y complejos.

Por eso, la tarea educativa es fundamental. La alfabetización digital y mediática debe enseñar a los jóvenes a pasar de ser consumidores pasivos de memes y tendencias a ser productores activos de mensajes críticos y constructivos. Los propios jóvenes deben dar un paso al frente para reclamar esta formación, como mínimo en la etapa del Bachillerato. Aprender a reconocer las lógicas de los algoritmos, comprender cómo funcionan las burbujas informativas y cuestionar las fuentes son habilidades tan importantes como la lectura o la escritura tradicional. En este sentido, las redes sociales no deben verse únicamente como una amenaza, sino como un terreno fértil donde se juega la ciudadanía del siglo XXI, pues, en definitiva, las redes sociales son como un espejo de nuestra sociedad: reflejan tanto nuestras virtudes como nuestras sombras. El reto no es huir de ellas, sino aprender a habitarlas con ética, criterio y responsabilidad. Usarlas como lenguajes para el cambio social implica preguntarnos cada día: ¿qué quiero decir?, ¿a quién quiero llegar?, ¿cómo contribuye este mensaje a construir un mundo más justo? Si logramos responder con honestidad a estas preguntas, habremos pasado de ser simples usuarios a ciudadanos digitales críticos y comprometidos.

4. Las reglas de Babel

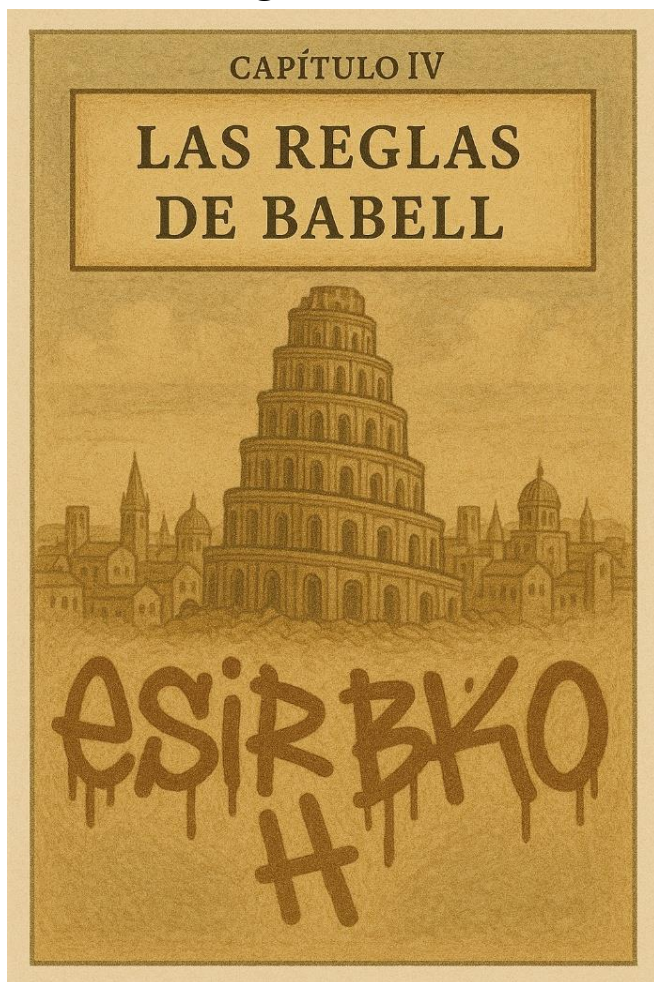


Ilustración elaborada con ayuda de IA

“Al principio de la historia hubo único lenguaje que, connatural, acompañaba al hombre con la característica de que sus descendientes habrían de heredarlo íntegro y sin mancilla para comunicarse con Dios y entre sí, sin ambigüedad alguna, las más puras esencias de mística unión de amor. El pecado de Adán nos hirió para siempre este don idiomático. Con esta herida vino la tragedia del lenguaje y con esta tragedia, la confusión lingüística con su disolución en multitud de formas idiomáticas, que encuentran su principal símbolo en la torre de Babel. El hombre, de este modo, más que hablar, balbucea. Acude así en auxilio de su frágil memoria, con penetrante esfuerzo, a las diversas formas del habla y al documento escrito a fin de transmitir su mendicante herencia al devenir histórico, no sólo mediante la transmisión oral de estas formas, sino también con inscripciones, claves y jeroglíficos, que serán, con el tiempo, las rudas herramientas de las más numerosas y dispares grafías que intentan fraguar la escritura del habla común. Esta capacidad congénita no deja de ser comunidad de un verbo que, interior a todo ser humano, es esencial carácter de su naturaleza. Tiene este hecho la prueba del vivir cotidiano: es ordinaria experiencia a la humanidad dar nombre a los animales, a las cosas y a todo lo que a su alrededor encuentra y, de este modo,

aunque con diferentes formas estructurales del depurado lenguaje, puede comunicarse con habla coloquial y constituirse en grupos que aseguren su íntima, familiar, religiosa y civil convivencia.”

FERNANDO RIELO: *Experiencia Mística y lenguaje*, en *Mis meditaciones desde el Modelo Genético*, Fundación Fernando Rielo, Madrid 2001, 65-66

Cuando en la Biblia se narra la historia de Babel, se nos presenta la confusión de las lenguas como castigo, pero también como una metáfora de la diversidad humana. No todos hablamos igual, no todos nombramos de la misma manera el mundo, y eso puede ser fuente de malentendidos, pero también de riqueza cultural. Cada lengua organiza la realidad a su manera, establece sus propias reglas, y al hacerlo nos recuerda que el lenguaje no es solo un medio neutro, sino un universo compartido lleno de matices y convenciones.

En este capítulo vamos a recorrer algunas de esas reglas que sostienen la comunicación. Normas ortográficas que evitan que la ambigüedad nos lleve al error; registros lingüísticos que nos permiten adaptarnos a diferentes contextos; códigos y convenciones que organizan lo que decimos y cómo lo decimos; jergas y simplificaciones que revelan pertenencias sociales; y vicios de dicción que muestran los límites del descuido. Todas estas dimensiones forman parte del

gran “Babel” en el que vivimos, y conocerlas no es un simple requisito académico, sino una herramienta para comunicarnos con mayor claridad, respeto y eficacia, en distintos contextos.

4.1 Normas ortográficas

La ortografía se suele enseñar como un catálogo de prohibiciones. Sin embargo, en su mejor versión, es un acuerdo de cortesía: la manera en que una comunidad decide escribir para que todos se entiendan. Si la escritura es una ciudad, la ortografía es su sistema de señalización: no es la ciudad, pero hace posible circular sin chocar. No escribe igual una madre un mensaje a su hija, un juez una sentencia o un estudiante un informe; aun así, todos necesitan señales compartidas para que el lector no se pierda. Cuidar la ortografía no es solemnidad: es hospitalidad. Otra metáfora que nos ayuda a entender es la que señala que la mala ortografía es a un texto lo que el mal aliento a un susurro. Lo que se diga puede ser bonito pero queda empañado por la forma.

Empecemos por la puntuación, que ordena el aire del texto. La coma marca un descanso breve y puede salvar vidas: “Vamos a comer niños” no dice lo mismo que “Vamos a comer, niños”. La coma vocativa (“Hola, Andrés”), la enumerativa (“compré pan, leche, queso y café”) y la explicativa (“Quito, capital del Ecuador, está a 2.800 msnm”) cumplen funciones

distintas. Cuando falta o sobra, el sentido cojea. La coma no separa sujeto y verbo (*“Los estudiantes, presentaron...”), lo que se denomina “coma criminal”, ni suele ir antes de una oración subordinada esencial (“Los libros que te presté están en la mochila”, sin coma).

El punto y coma funciona como un semáforo ámbar: más fuerte que la coma, más suave que el punto. Sirve para coordinar oraciones con comas internas o para enumeraciones complejas: “Trajeron cuadernos, lápices y plumones; carteles, cinta y tijeras”. Los dos puntos anuncian explicación, cita o listado: “Llevaré: agua, gorra y bloqueador”. El punto cierra una idea. Las elipsis (...) indican suspensión o enumeración abierta; conviene no abusar para que el lector no quede sin norte.

Paréntesis, guion y raya enmarcan información. Los paréntesis intercalan datos accesorios (siglas, fechas). El guion (-) une lo que forma una unidad (teórico-práctico) o separa sílabas al final de línea; la raya (—) introduce incisos más expresivos o turnos de diálogo. Las comillas dobles (“ ”) señalan citas, títulos de artículos o ironía; las simples (‘ ’) se reservan para comillas dentro de comillas o para tecnicismos en algunos estilos.

Las tildes son brújulas. En español, las agudas se acen-túan si terminan en vocal, -n o -s (café, también, ra-zón); las graves o llanas llevan tilde cuando no termi-nan en vocal, -n o -s (lápiz, árbol); las esdrújulas y so-bresdrújulas siempre (pájaro, cómetelo). Diptongo e hiatos evitan tropiezos: “país” rompe el diptongo con tilde; “río” no es “rio”. El acento diacrítico distingue formas iguales: tú/tu, él/el, mí/mi, sí/si, té/te, más/mas, aún/aun. En la norma vigente, “solo” ad-verbial y los demostrativos (este, ese, aquel) no se til-dan salvo ambigüedad excepcional.

La ortografía cambia, como cambia la vida y el signo de los tiempos; Se suprimió la tilde en “guion” y “truhan” (tienden a monosílabo) y se recomiendan formas simples (“exalumno” o “alumni”, no “ex alumno”). Estos ajustes incomodan a veces, pero bus-can simplificar sin perder claridad. No es cuestión de memorizar por obediencia, sino de comprender la ló-gica del sistema.

Errores léxico-ortográficos frecuentes con-viene atajarlos entrenando con parejas problemáticas: haber/a ver; ahí/ay/hay; porque/por qué/por qué/porqué; sino/si no; vaya/valla/baya; cavo/cabo/cabó; echo/hecho. Un truco: leer en voz alta y sustituir por sinónimos. Si “a ver” equivale a “veamos”, vamos bien; si no, quizá sea “haber”.

Las mayúsculas son respeto tipográfico. Se es-criben con inicial los nombres propios (“Universidad

San Francisco de Quito”), festividades (Semana Santa), documentos (Constitución), siglas (PUCE). No todo va en mayúsculas: días, meses y gentilicios van en minúscula (lunes, septiembre, ecuatoriano). Titulamos al estilo español con mayúscula solo en la primera palabra y en nombres propios: “Cien años de soledad”. La fuerte influencia del inglés nos hace poner más mayúsculas de la cuenta, hay que tener cuidado.

Números y símbolos también comunican. En formato hispano, la coma marca decimales (3,5 litros) y el punto separa millares (10.000). En textos académicos, se prefieren palabras para cantidades redondas pequeñas (“tres autores”) y cifras con unidades, medidas y porcentajes (“3 %”, “2 kg”). La coherencia ahorra tropiezos, pero implica ser muy consciente de lo que se escribe y, sobre todo, mucha práctica.

En este sentido, puede sugerirse una estrategia de revisión en tres pasadas: 1) escribir sin freno para no bloquear la idea; 2) revisar estructura y coherencia (un párrafo, una idea; transiciones claras); 3) pulir ortografía y puntuación con lista de verificación: comas vocativas; concordancia; tildes diacríticas; mayúsculas mínimas; numerales; dobles espacios y guiones accidentales.

Didáctica aplicada: a) Cazar la “coma criminal” en titulares reales; b) Reescribir un párrafo con puntuación mínima y compararlo con la versión normada;

c) Elaborar un glosario de pares conflictivos con ejemplos propios; d) Analizar memes donde un error cambia el sentido y discutir por qué. La ortografía se aprende mejor cuando muestra su poder para aclarar.

La diversidad regional en Ecuador y América Latina aporta léxico y giros propios (guagua, ñaño, achachay). La ortografía no borra esa identidad: la protege para que el lector de otra región pueda leerla sin malentendidos. Escribir bien lo propio es también, curiosamente, un acto de afirmación cultural.

En suma: la ortografía no es policía sino puente. En un mundo de mensajes veloces, una coma bien puesta y una tilde a tiempo son formas de cuidado y respeto al otro. Si Babel es confusión, la ortografía ayuda a encontrarnos en la palabra escrita.

4.2 Registros lingüísticos

Si la ortografía ordena la superficie del texto, los registros ordenan la relación entre quienes hablan. Registro es el traje que escoge la voz según el evento: el tema, la relación con el interlocutor, el canal (oral/escrito) y la finalidad (informar, pedir, persuadir, agradecer). Nadie habla igual todo el tiempo: ajustamos la voz como quien sintoniza una radio para reducir interferencias.

Una lente útil proviene de la lingüística sistémico-funcional: campo (de qué hablamos), tenor (entre quiénes) y modo (cómo circula). Explicar a un

niño, informar a una autoridad o conversar con un par profesional exige elecciones distintas de léxico, sintaxis, cortesía, ejemplos y apoyos visuales. El contenido puede ser el mismo; el registro no.

En la práctica, distinguimos registros formales, informales y neutros, con gradientes intermedios. “Estimada doctora Pérez: le solicito una reunión para revisar mi avance” contrasta con “Profe, ¿puedo pasar mañana?”. Ninguno es “mejor” por sí; lo adecuado es usar el que pide la situación. El desajuste genera ruido: un informe redactado como chat pierde credibilidad; una conversación amistosa en tono burocrático suena distante.

La competencia universitaria incluye dominar géneros académicos (reseña, ensayo, informe, póster, exposición oral). Cada género reclama un registro: el ensayo admite una voz personal sustentada; el informe privilegia la precisión y las secciones; el póster condensa y visualiza; la exposición oral humaniza la información y la conecta con la audiencia. Haciendo un símil, el registro es nuestro fondo de armario, que nos permite ir vestidos acordes a cada ocasión: bañador para la piscina, traje para una boda, pantaloneta para hacer deporte, etc.

Ecuador ofrece un laboratorio de registros: en muchas zonas, una misma mañana un estudiante puede pasar del voseo familiar (“¿vos venís?”) a la cor-

tesía institucional (“buenos días, ingeniera”), del span-
glish técnico (“deployear la app”) a la solemnidad de
un acto académico. El objetivo no es uniformarse,
sino aprender a cambiar de marcha sin tirones o des-
ajustes: esa habilidad se llama adecuación y es la marca
de una real cultura.

Propuesta práctica: el “triángulo táctico” del registro.
1) Propósito: ¿qué quiero lograr? 2) Audiencia: ¿quién
me lee/escucha? 3) Canal: ¿cómo circula? Si busco
persuadir a autoridades para apoyar un proyecto social,
el registro combinará cortesía estratégica, datos verifi-
cables y relatos breves. Si quiero movilizar a compañe-
ros, optaré por cercanía, llamados a la acción y testi-
monios.

Marcas de registro: léxico (términos técnicos
vs cotidianos), morfosintaxis (periodos largos vs ora-
ciones simples), organizadores del discurso (por con-
siguiente, sin embargo, ojo, mira), modalidades (es po-
sible que..., propongo que...), recursos de cortesía
(condicionales, perífrasis atenuantes). “Necesito que
me extienda el plazo” puede suavizarse como “Soli-
cito, de ser posible, una extensión del plazo”.

Oralidad y escritura piden ajustes, por eso es
un error escribir como se habla o hablar como se es-
cribe: la oralidad, al ser espontánea, admite en cierto
grado las repeticiones, muletillas y gestos; la segunda
exige revisión, coherencia global y economía. Cuando
convertimos notas orales en texto, conviene traducir

el registro: eliminar redundancias, ordenar ideas, elegir conectores que guíen (primero, luego, por último).

El cambio de registro es una herramienta de poder o de inclusión. Un profesional que explica en jerga críptica excluye; quien traduce el mismo contenido a un registro accesible empodera. En contextos comunitarios, la legitimidad se gana cuando el registro acompaña el respeto: claridad sin paternalismo y escucha empática de los registros del otro.

Ejercicios de taller: 1) Reescribir un párrafo académico como hilo de redes para público general, conservando precisión. 2) Convertir un post entusiasta en mininforme con secciones. 3) Explicar el mismo contenido a un niño, a una autoridad y a un par profesional, y comparar qué cambió en léxico, tono, estructura y cortesía. 4) Elaborar un banco de fórmulas de cortesía útiles para correos y trámites.

La cortesía verbal forma parte del registro. Estrategias como condicionales (“quisiera saber si...”), perífrasis atenuantes (“me gustaría solicitar...”), agradecimientos y justificaciones razonables reducen fricción en interacciones sensibles. En redes, cultivar registros de desacuerdo respetuoso es una competencia cívica: argumentar sin descalificar, distinguir hechos de opiniones y pedir evidencia cuando corresponda.

La coexistencia de variedades (tuteo/voseo, español andino/costeño, tecnicismos/coloquialismos) no es un obstáculo, es un repertorio. No se trata de borrar rasgos identitarios, sino de saber cuándo conviene mantenerlos y cuándo neutralizarlos. Un proyecto comunitario puede ganar cercanía con registros locales; un artículo científico exige neutralidad terminológica. Del mismo modo, burlarse del acento de alguien de otra región muestra gran ignorancia por parte de quien se burla, ya que la variedad de formas de hablar nos indica la riqueza de una lengua.

En suma, el registro es ética aplicada: ajustar la voz al contexto es cuidar el vínculo. Si Babel fue dispersión, el dominio de registros es tender puentes, igual que dijimos con la ortografía. Saber decir lo mismo de varias maneras no es impostura o hacerse pasar por quien no se es: es competencia comunicativa puesta al servicio del encuentro y del cambio social y está dentro de los rasgos de una comunicación asertiva eficaz.

4.3 Códigos y convenciones

Antes de aprender a hablar ya leemos señales. Una mirada que aprueba, un gesto que detiene, un semáforo que cambia: todo eso son códigos. Un código es un sistema de signos compartido por una comunidad para construir significado. Las convenciones, en

cambio, son los acuerdos —a veces explícitos, muchas veces implícitos— sobre cómo usar esos signos en situaciones concretas. Dominar ambos no es un lujo académico; es una forma de ciudadanía comunicativa.

Pensemos en el español como código lingüístico: su alfabeto, su gramática, su léxico. Si escribo "árbol", la comunidad hispanohablante reconoce un referente por convención. Pero la comunicación no se agota en el código verbal. También hay códigos paralingüísticos (entonación, volumen, pausas), kinésicos (gestos, postura), proxémicos (distancia corporal), cronémicos (manejo del tiempo), visuales (colores, iconos, diagramas) y digitales (emojis, reacciones, hipervínculos).

En el aula, por ejemplo, la entonación del docente puede animar o desincentivar la participación, ¿te ha pasado?; ese matiz no aparece en el texto escrito. En un trámite, la distancia física y el turno de la palabra también comunican jerarquía. Los códigos conviven y se superponen: cada mensaje es un tejido multimodal.

Los códigos visuales tienen una potencia particular porque operan con rapidez. Un triángulo rojo invertido en la vía señala "ceda el paso"; un círculo rojo prohíbe; el verde habilita. En una infografía, el tamaño y la ubicación de los elementos producen jerarquías de lectura. En el diseño de una web, los colores guían ac-

ciones: un botón resaltado "invita" a hacer clic. Aprender a leer (y a diseñar) estas decisiones es una forma de alfabetización visual.

La cultura también codifica. En Ecuador, un rápido levantamiento de cejas a la distancia funciona como saludo; un beso en la mejilla entre conocidos es cortesía; el "¿tomó agüita?" expresa cuidado o preocupación, cariño. En otros contextos, esos signos podrían no entenderse. Del mismo modo, la elección de "tú" o "usted", o el voseo ("vos"), manifiesta distancia o cercanía. Son convenciones situadas, que cambian por región, edad, profesión o comunidad.

En los entornos digitales, los códigos y las convenciones evolucionan a velocidad de vértigo. Un emoji puede suavizar un pedido () , ironizar () , mostrar desacuerdo () o sustituir una palabra completa. Sin embargo, el mismo símbolo no significa lo mismo para todos los grupos etarios o culturales. El , por ejemplo, es aprobación para muchos, pero puede leerse como seco o cortante en ciertos grupos jóvenes. El mismo caso se aplica para los mensajes de Whatsapp terminados en un punto, algo quizá natural o necesario para los millenials pero que para generaciones más jóvenes aporta una cierta violencia a la frase en cuestión. Entender estas variaciones previene malentendidos.

La puntuación y la ortografía también cumplen roles convencionales distintos en chats y en textos académicos. En un mensaje de WhatsApp o en un foro, escribir todo en mayúsculas equivale a "gritar"; usar varios signos de exclamación expresa entusiasmo ("¡Qué bien!!!"). En un informe, esas marcas serían excesivas. No es que una convención sea mejor que otra: su valor depende del contexto y el propósito.

La etiqueta digital (netiqueta) compila muchas de estas convenciones: no reenviar audios sin permiso; evitar cadenas alarmistas; respetar horarios institucionales; citar fuentes al compartir materiales; no publicar imágenes de terceros sin consentimiento. Enseñarla es tan importante como explicar la coma o las tildes.

En el mundo académico, hay códigos y convenciones de forma (citas, referencias, márgenes) y de fondo (argumentar, definir conceptos, declarar supuestos). Un ensayo que no marca sus fuentes rompe un código de honestidad intelectual. Un correo institucional que omite saludo, asunto claro y despedida puede percibirse como descortés, aunque el contenido sea correcto. La cortesía también es una convención que comunica. Ciertamente supone una cierta "pérdida de tiempo" pero ese tiempo perdido es el que le da valor.

Las convenciones organizan la interacción: quién habla, cuánto, en qué orden, con qué tono. En un debate, interrumpir es mala práctica; en una lluvia

de ideas, la espontaneidad se premia. En una ceremonia, un vestuario comunica respeto por la solemnidad; en un *hackatón*, la comodidad respalda la creatividad. Leer esas reglas no escritas es parte de la competencia comunicativa.

Los malentendidos ocurren, sobre todo, cuando suponemos que nuestros códigos y convenciones son universales. Una estudiante que cierra cada frase con punto en un chat de grupo puede parecer "seca"; un profesor que usa muchos emojis puede ser percibido como poco serio. La clave es la adecuación: ajustar la forma al propósito, a la audiencia y al canal. Tres preguntas ayudan: ¿Qué quiero lograr? ¿Quién está del otro lado? ¿Cómo circula el mensaje? El código y la convención se eligen en función de esas respuestas.

La lectura crítica de medios es, en gran medida, lectura de códigos. Una fotografía encuadrada desde abajo confiere autoridad; desde arriba, vulnerabilidad. Un titular que omite el sujeto desplaza responsabilidades ("Se tomaron decisiones"); un gráfico de barras que no arranca en cero exagera diferencias. El sesgo no siempre miente: a veces solo encuadra. Saber detectar esos marcos es una forma de libertad.

También hay códigos de accesibilidad: subtítulo para personas sordas, descripciones de imágenes para lectores de pantalla, contraste adecuado de colo-

res para daltonismo. Adoptarlos no es "extra", es ampliar la comunidad de sentido. La buena comunicación incluye por diseño. En este sentido, el aula (tu aula) puede convertirse en laboratorio de códigos y convenciones. Propuestas: 1) "Mapa de códigos": identificar todos los sistemas en un día de clases (lengua, gestos, señales, plataformas) y discutir su función. 2) "Cirugía de noticias": desmontar un titular, una foto y un gráfico, y rearmarlos con otras decisiones de encuadre para ver cómo cambian los efectos. 3) "Protocolo de correos": co-crear una convención para emails académicos (asunto, saludo, cuerpo, despedida, firma) y aplicarla durante el semestre. 4) "Reacciones conscientes": enumerar significados posibles de emojis y acordar una guía común para el curso.

Otra actividad útil es "traducción multimodal": tomar un mismo contenido (por ejemplo, resultados de una encuesta) y expresarlo en tres códigos distintos: a) texto breve, b) infografía, c) video corto. Luego se analiza qué se gana y qué se pierde en cada formato y qué convenciones rigen su recepción (tiempo de lectura, accesibilidad, estilo).

Para evitar choques entre expectativas, es útil explicitar las convenciones del curso o del proyecto. Un pequeño "manual de convivencia comunicativa" puede incluir: horarios para mensajes; tiempos de respuesta razonables; uso de asunto y etiquetas; acuerdos sobre

tono; espacios para desacuerdo respetuoso. Cuando las reglas están claras, el código fluye.

En contextos interculturales, conviene preguntar antes de juzgar. Un silencio prolongado puede ser respeto en algunas comunidades; en otras, señal de desinterés. La mirada directa puede comunicar franqueza o agresión, según la cultura. La escucha cuidadosa y las preguntas abiertas (¿cómo prefieres que nos comuniquemos?, ¿qué protocolo usas en tu comunidad?) previenen interpretaciones injustas.

También en el campus universitario existen “microconvenciones”: la manera de pedir una sala, de citar a una reunión, de compartir materiales. Hacerlas visibles —escribirlas, revisarlas, justificarlas— democratiza el acceso: quien llega por primera vez no tiene por qué adivinar las reglas. La inclusión empieza por explicar los códigos de pertenencia, es decir, hacer explícito lo implícito; los docentes siempre estaremos prestos a ayudar en esto.

Por último, toda convención es histórica: cambia. Lo que ayer era etiqueta hoy puede sonar rígido; lo que hoy parece informal mañana será norma. El objetivo no es congelar costumbres, sino dar herramientas para navegar cambios con criterio. Saber cuándo conservar una convención y cuándo transformarla es parte de la madurez comunicativa.

En resumen: los códigos nos dan el alfabeto; las convenciones, la partitura; la ética comunicativa, el ritmo compartido. En una Babel de signos, comprender y negociar reglas es el arte de encontrarnos, unir conocimiento y palabra.

4.4 Jergas, “slang” y simplificaciones

La lengua común convive con muchas lenguas dentro de sí. Les llamamos jergas, argots, modismos o, en la era digital, *slang*. No son errores: son laboratorios de creatividad donde los grupos marcan identidad, afinidad y humor. Saber reconocerlos, disfrutarlos y alternarlos con registros formales es una competencia clave para la vida académica y profesional.

“Jerga” es el conjunto de expresiones propias de un grupo que comparte oficio, afición, edad o territorio. Un médico habla de “patologías de base”; un programador de “deployar” o “hacer merge”; un arquitecto de “anteproyecto” y “maqueta física”. Slang suele asociarse al habla juvenil y urbana, con préstamos, acortamientos y resignificaciones rápidas. Modismo es una expresión fija cuyo sentido no se deduce literalmente (“dar la talla”, “ponerse las pilas”).

¿Para qué sirven estos elementos lingüísticos? Para crear pertenencia (quien entiende, pertenece), para economizar (decir mucho con poco), para jugar

con el lenguaje (humor, ironía), y también para delimitar espacios (nosotros/ellos). Tienen prestigio encubierto: aunque la norma culta no las consagre, poseen valor social en el grupo.

En Ecuador, la diversidad ofrece un repertorio rico: "ñaño/ñaña" (hermano/a), "achachay" (¡qué frío!), "arrarray" (¡qué calor!), "chuta" (sorpresa, resignación), "bacán" (chévere), "canguil" (palomitas), "chompa" (suéter), "luca" (mil), "camello" (trabajo), "de ley" (seguro). En el litoral conviven giros distintos a los de la Sierra; el contacto con el kichwa deja huellas (guagua, cancha, mote y mil ejemplos más). Estas marcas no son "errores": son patrimonio cultural.

El slang digital cruza fronteras en este mundo tan globalizado: "crush" (enamorado), "shippear" (desear una pareja), "spoilear" (arruinar una trama), "stalkear" (fisgonear perfiles), "scrollar", "troleear", "viral", "cancelar". La grafía se adapta al español con sufijos productivos (-ear). En chats abundan abreviaturas (xq, tqm, bn) y estrategias de entonación escrita (mayúsculas, repetición de letras: "holaaaa", emojis).

Las simplificaciones son otra pieza del puzzle: apócope ("profe", "uni", "bio" por biología, "mate" por matemáticas), siglas y fórmulas. Ahorra esfuerzo, sobre todo en canales veloces. Pero su eficacia depende del contexto: en un informe técnico, conviene expandir; en un chat operativo, puede bastar.

El problema no es la jerga, sino el desajuste de registro: llevar el slang de WhatsApp a un informe o exigir en una asamblea comunitaria jergas técnicas incomprensibles. La regla de oro es la adecuación, como ya vimos anteriormente: usar la forma que mejor sirva al propósito, a la audiencia y al canal.

Desde la didáctica, conviene adoptar una mirada descriptiva y no punitiva. Propuestas: 1) "Diccionario de campus": recoger jergas de carreras, clubes y residencias, con definición, ejemplo y contexto de uso, registrando variantes regionales. 2) "Autopsia de un tuit": analizar cómo el slang y los recursos gráficos producen efecto. 3) "Traducción cruzada": convertir un hilo coloquial en reseña académica y, a la inversa, un resumen formal en post comprensible para público general.

En proyectos de extensión, la jerga es aliada. Explicar salud pública en registro técnico excluye; decir lo mismo en registro cercano —sin condescendencia— convoca. Un buen comunicador alterna: presenta términos clave, los define con ejemplo y vuelve al hilo narrativo. La fórmula es 1) nombrar, 2) explicar, 3) ejemplificar, 4) retomar.

En este punto, es importante marcar una advertencia contra prejuicios: la estigmatización de jergas suele encubrir estigmas sociales. Llamar "inculto" a quien usa "bacán" o "mija" (aplicado para varones) dice más del prejuicio que del hablante. La universidad

puede ser un lugar donde se aprenda a valorar la diversidad sin renunciar a la precisión cuando corresponde.

Criterios prácticos para trabajos académicos: a) evitar slang salvo que sea objeto de análisis; b) si se cita jerga, colocarla entre comillas y contextualizar; c) si se incluye un glosario, ordenar alfabéticamente y ofrecer equivalentes en registro estándar; d) cuidar la coherencia: no mezclar tono de conversación con aparato crítico.

En el periodismo, el marketing y la publicidad, el uso inteligente de jergas puede construir cercanía, pero su abuso envejece rápido. Un mensaje pensado para "viralizar" hoy puede sonar artificial mañana. Por ende, es conveniente usar jergas como condimento, no como base: una pizca genera sabor; demasiado tapa el contenido.

Finalmente, la lengua cambia por contacto con estas innovaciones. Muchas voces antes "de jerga" hoy son estándar. El secreto está en que el cambio venga de la comunidad, no de imposiciones forzadas. Como educadores y estudiantes, nos toca escuchar, documentar, entender y decidir con criterio cuándo y para qué usar cada variedad.

En síntesis: la jerga no es enemiga del aula; es materia prima para pensar el lenguaje como práctica social. Alternar con destreza entre creatividad y claridad es un arte que se aprende y nos puede ayudar a ser personas

todo terreno que se desenvuelvan bien en un sinnúmero de situaciones.

4.5 Vicios de dicción

Llamamos "vicios de dicción" a usos que entorpecen la claridad, la precisión o la corrección en contextos formales. No son marcas identitarias ni creativas —como la jerga o los dialectos, vistos anteriormente—, sino tropiezos que conviene reconocer para evitarlos. El objetivo no es "policía del lenguaje", sino cuidado del vínculo: escribir y hablar de forma que el otro nos entienda sin esfuerzo.

Un primer par clásico es dequeísmo/queísmo. El dequeísmo agrega "de" delante de "que" donde no se necesita: "Pienso de que llegará tarde"; lo correcto es "Pienso que...". El queísmo omite la preposición cuando es necesaria: "Me alegro que viniste"; debe ser "Me alegro de que viniste". Truco útil: si el verbo rige un sustantivo ("me alegro de tu visita"), entonces también rige "de que". Si no admitiría sustantivo ("pienso tu llegada" no funciona), tampoco "de que".

Leísmo, laísmo y loísmo afectan los pronombres átonos. En el español americano estándar, el complemento directo de persona usa "lo/la": "Vi a Juan → lo vi"; "Vi a María → la vi". El complemento indirecto usa "le": "Le di un libro a Juan". El leísmo ("le vi a Juan") es aceptado en zonas de España pero

no en la norma americana. El laísmo ("la dije") y loísmo ("lo dije a María") son incorrectos en la mayoría de variedades. Un test: si se puede sustituir por "a él/ella", probablemente es indirecto (le); si contesta a "¿qué?" o "¿a quién?" sin preposición, es directo (lo/la).

Errores de concordancia y construcciones impersonales: "habían muchas personas" es común, pero incorrecto. Con "haber" en sentido de existencia, la forma es impersonal: "había muchas personas". También "hubo fiestas", no "hubieron". Los colectivos piden singular si el enfoque es unidad ("la gente es amable"), aunque aceptan plural cuando se enfatiza la variedad interna ("la gente son muchas personas distintas") en registros muy coloquiales.

Régimen preposicional: cada verbo "pide" ciertas preposiciones. Ejemplos: "asistir a", "soñar con", "depender de", "consistir en", "carecer de", "ingresar a/en" (según países), "insistir en", "pensar en/sobre". Errores como "consiste de", "soñar de", "depende a" son frecuentes. Recomendación: elaborar una lista personal de regímenes dudosos y consultarla al escribir.

Barbarismos léxicos y morfológicos: formas como "haiga" por "haya", "inflación" por "inflación", "preveer" por "prever", "a grosso modo" por "grosso modo", "en base a" por "con base en" (cuando se

busca formalidad), "aperturar" por "abrir" en contextos generales. En lo prosódico, acentos indebidos: "exámen" por "examen", "jóven" por "joven", "incluído" por "incluido". Los tecnicismos inventados para sonar elegantes ("realizar" en lugar de "hacer" sin necesidad, "tengo a bien manifestar" en vez de "indicar") opacan la idea en muchas ocasiones.

Anfibología (doble sentido involuntario): "Busco profesor de matemáticas con experiencia" (¿quién debe tener experiencia, el profesor o quien busca?), "Vi a mi hermana con los binoculares" (¿con qué miré o con qué estaba ella?), "Se alquila habitación para señorita con baño" (¿quién tiene el baño?). Para evitarla: especificar con preposiciones claras y reordenar ("Busco profesor de matemáticas con experiencia docente").

Pleonasmo vicioso vs. pleonasmo retórico: "subir arriba", "hecho real y verdadero", "salir afuera" añaden palabras sin aportar significado. El pleonasmo puede tener valor expresivo ("lo vi con mis propios ojos"), pero en textos formales conviene moderarlo.

Cacofonías y eufonía: repeticiones sonoras como "Paco coloca coco" distraen. A veces basta alternar sinónimos o cambiar el orden. La eufonía no es capricho estético: facilita la lectura en voz alta y la comprensión.

Muletillas y vacíos semánticos: "o sea", "este", "nada", "¿me entiendes?", "como que", "literal", "básicamente". En oralidad informal ayudan a sostener el turno; en escritura formal, saturan. También conviene evitar comodines vagos ("tema", "cosa", "aspecto") cuando se puede nombrar con precisión.

Calcos y anglicismos innecesarios: "aplicar a un trabajo" (preferible "postular a"), "chequear" por "revisar" (salvo registros coloquiales), "soportar" por "admitir" (de "support"), "eventualmente" usado por "finalmente" (en español es "tal vez"). No se trata de purismo: muchos préstamos son legítimos; la pauta es si aclaran o enturbian. Otros solecismos comunes: "a nivel de" como muletilla ("a nivel de universidad" → "en la universidad"), "en base a" ya mencionado, "al respecto a" por "con respecto a", "han habido" (por "ha habido"), "de acuerdo a" por "de acuerdo con" en registros formales.

Se propone para este apartado un método de depuración en tres pasos: 1) Macroedición: revisar propósito, estructura y coherencia; 2) Microedición: cazar vicios (hacer una lista y buscarlos con Ctrl+F: "de que", "hubieron", "a nivel de"...); 3) Lectura en voz alta (mejora la eufonía) y lectura ajena (detectar ambigüedades).

Ejercicios de taller: a) "Caza-vicios": entregar un texto intervenido con errores y corregir en equipo justificando cada cambio. b) "Minimalismo": reescribir

un párrafo eliminando redundancias y comodines. c) "Régimen en contexto": completar espacios con preposición correcta según el verbo. d) "Pronombres justos": transformar oraciones cambiando orden y verificando lo/la/le correctos.

Criterios de evaluación formativa: en lugar de penalizar globalmente, priorizar rúbricas que separen claridad, corrección y adecuación. Así el estudiante sabe qué mejorar y no siente que su variedad dialectal valga menos que la estándar.

Dimensión ética: señalar vicios de dicción no debe convertirse en gesto de superioridad. La lengua vive en tensión entre norma y uso. En el aula cuidamos que la corrección no silencie identidades, y que la identidad no excuse ambigüedades que afectan derechos (una cláusula confusa en un contrato).

En suma, escribir y hablar con precisión es parte del respeto. Los vicios de dicción son oportunidades de afinación. Como en música, cuanto más entrenamos el oído, más limpia suena la pieza.

5. Del graffiti al grafeno

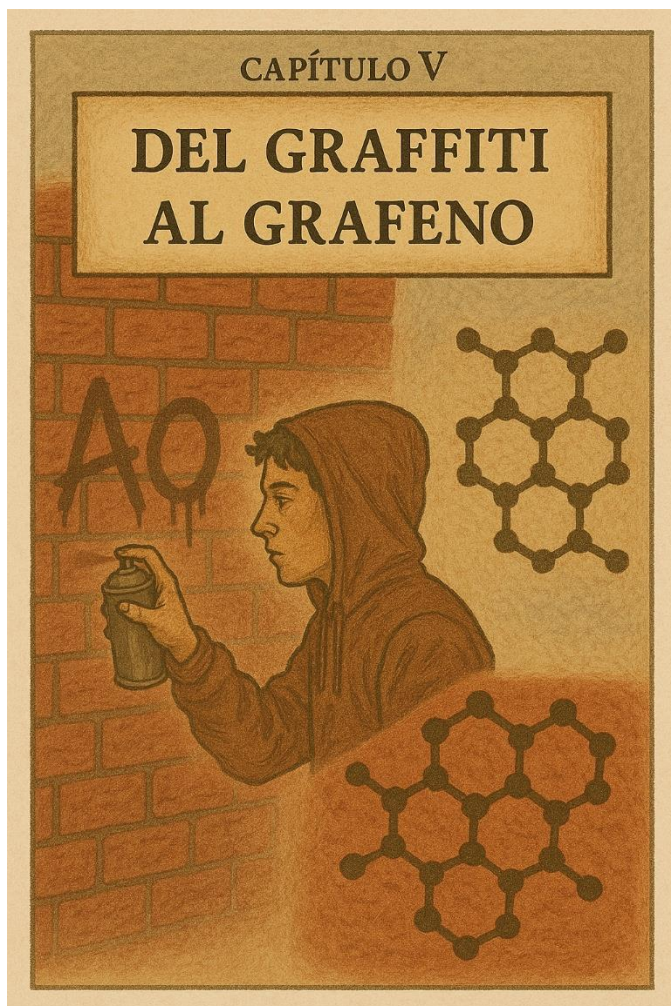


Ilustración elaborada con ayuda de IA

«La cultura de masas no es un ruido de fondo indiferenciado, sino un tejido de signos y de mensajes que, aun en su banalidad aparente, revela las estructuras profundas de una sociedad. Allí donde hay comunicación, hay también interpretación y poder.»

El graffiti y el grafeno, aunque aparentemente inconexos, representan hitos clave en la evolución social. Uno es una forma de arte popular que emerge de las calles, utilizado históricamente para la protesta, la identidad y la conexión comunitaria. El otro es un material revolucionario que promete transformar sectores enteros como la energía, la salud y la tecnología. Ambos, sin embargo, comparten un núcleo común: la capacidad de catalizar cambios sociales significativos ya sea mediante la expresión creativa o la innovación tecnológica. Este capítulo explora cómo el graffiti y el grafeno, cada uno en su contexto, han impulsado transformaciones sociales al redefinir cómo interactuamos con nuestro entorno, cómo nos comunicamos y cómo imaginamos el futuro.

5.1 Semiótica: signos, indicios y señales

El graffiti como voz del cambio social

El graffiti ha sido históricamente una forma de resistencia, una herramienta para los marginados y un medio de expresión cultural que desafía las normas establecidas. A menudo asociado con comunidades urbanas desfavorecidas, el graffiti surge como una forma de reclamar espacios públicos y dar voz a quienes no la tienen en los canales tradicionales. El graffiti, más que una simple manifestación artística, es una herramienta de democratización. Permite que cualquier persona, independientemente de su clase o estatus, participe en el diálogo social.

- **Protesta y resistencia:** Durante décadas, el graffiti ha sido utilizado para desafiar sistemas opresivos. En Sudáfrica, por ejemplo, durante el apartheid, los muros se convirtieron en lienzos para mensajes contra la segregación racial. En LatAm, los murales urbanos han narrado historias de dictaduras, revoluciones y esperanza.
- **Empoderamiento comunitario:** En barrios marginados, el graffiti ha transformado paisajes urbanos deteriorados en galerías al aire libre, promoviendo el orgullo local y atrayendo atención hacia problemas sociales. Iniciativas como las de Medellín, Colombia, han utilizado el arte urbano como herramienta para reducir la violencia y fomentar la cohesión social.

- **Educación y sensibilización:** Temas como el cambio climático, la equidad de género y los derechos humanos encuentran en el graffiti un vehículo para llegar a audiencias amplias, especialmente jóvenes.

Autores

1. Banksy - El graffiti como arte disruptivo

Banksy es un referente ineludible cuando se habla del graffiti como herramienta de cambio social. En su obra, combina el arte visual con mensajes críticos que tocan temas como la guerra, la desigualdad, el consumismo y la opresión política.

- Ejemplo clave: En su famosa pieza *"Girl with a Balloon"*, Banksy utiliza la imagen de una niña dejando ir un globo en forma de corazón para simbolizar la fragilidad de la esperanza en contextos de conflicto social.
- Mensaje: Su obra no solo embellece los muros, sino que los convierte en portavoces de ideas que invitan al espectador a cuestionar la realidad. Este tipo de graffiti convierte espacios urbanos en galerías abiertas y accesibles.

2. Jean Baudrillard - El graffiti y la simulación

Baudrillard entiende el graffiti como un desafío a las narrativas controladas por los sistemas de poder.

En el contexto urbano, donde cada espacio está cargado de significados impuestos (publicidad, arquitectura, señalética), el graffiti irrumpe como un acto de "reprogramación simbólica".

- Ejemplo clave: En Nueva York durante los años 70, los vagones del metro se convirtieron en lienzos móviles, donde artistas como Taki 183 y Lee Quiñones usaban letras y colores para redefinir la percepción del espacio público.
- Reflexión: Baudrillard podría argumentar que esta expresión caótica rompe la ilusión del orden urbano y revela su artificialidad.

3. Manuel Castells - El espacio urbano como campo de batalla

Castells, en su análisis de la ciudad como espacio de lucha, resalta cómo los movimientos sociales utilizan el graffiti para apropiarse del espacio público.

- Ejemplo clave: Durante el movimiento de los indignados en España (2011), frases como *"No somos mercancía en manos de políticos y banqueros"* aparecieron en las plazas y calles, reafirmando el derecho de los ciudadanos a intervenir en el espacio colectivo.

- Mensaje: Castells subraya que el graffiti no es solo una expresión individual, sino una forma de comunicación colectiva que cataliza el cambio.

4. Henry Lefebvre - El derecho a la ciudad

Lefebvre argumenta que el espacio urbano no es neutro; está diseñado para servir a los intereses del capital. El graffiti, en este contexto, se presenta como una reclamación de la ciudad por parte de sus habitantes.

- Ejemplo clave: El movimiento *street art* en Berlín, especialmente en el East Side Gallery, donde artistas plasmaron murales en lo que quedó del Muro de Berlín, es un claro acto de apropiación simbólica.
- Reflexión: Lefebvre diría que estos murales transforman un símbolo de división en un manifiesto de unidad y resistencia.

5. Martha Rosler - El arte y el activismo

Rosler ve el graffiti como una forma de arte público que trasciende las instituciones elitistas del arte convencional. Es una forma de democratización del arte, que pone en primer plano temas sociales urgentes.

- Ejemplo clave: Los murales de Diego Rivera en México, aunque técnicamente no son graffiti, inspiraron movimientos de arte callejero en América Latina que usaron muros para expresar diversas luchas sociales indígenas.
- Mensaje: El arte callejero, según Rosler, puede ser un puente entre el arte y el activismo político, conectando a la gente con ideas revolucionarias.

6. Slavoj Žižek - Graffiti y resistencia cultural

Žižek interpreta el graffiti como un acto de insubordinación que desafía la lógica capitalista. Al intervenir en espacios públicos, los graffiteros interrumpen la narrativa de consumo perpetuo.

- Ejemplo clave: Durante las protestas en Chile (2019), frases como *"Hasta que la dignidad se haga costumbre"* y *"No era depresión, era capitalismo"* aparecieron en muros de todo el país. Estas intervenciones sintetizaron el espíritu de las demandas sociales.
- Reflexión: Žižek podría argumentar que este tipo de graffiti no solo denuncia, sino que también crea nuevas formas de pensar y resistir.

El Grafeno y su potencial para el cambio social

El grafeno representa el poder de la ciencia para cambiar vidas. Este material, compuesto por una capa de átomos de carbono, combina propiedades únicas como ligereza, flexibilidad y una conductividad excepcional, lo que lo convierte en un recurso valioso para resolver problemas globales.

- **Acceso a la tecnología:** El grafeno tiene el potencial de abaratar dispositivos electrónicos y energéticos, haciendo que tecnologías avanzadas sean más accesibles para comunidades vulnerables. Por ejemplo, baterías más económicas y duraderas pueden llevar energía sostenible a regiones rurales y en desarrollo.
- **Salud pública:** El grafeno puede revolucionar el diagnóstico médico a través de sensores altamente sensibles que detecten enfermedades en etapas tempranas, democratizando el acceso a la atención sanitaria.
- **Sostenibilidad y medio ambiente:** Con aplicaciones en purificación de agua y almacenamiento de energía limpia, el grafeno puede desempeñar un papel crucial en la lucha contra la crisis climática y la desigualdad ambiental.

Aunque el grafeno opera en una escala microscópica, su impacto podría ser gigantesco, transformando sectores enteros y abordando desafíos globales, desde la pobreza energética hasta la crisis del agua.

Autores

1. André Geim y Konstantin Novoselov - Pioneros del grafeno

El descubrimiento del grafeno por Geim y Novoselov marcó un hito en la ciencia de materiales. Este material bidimensional, compuesto por una sola capa de átomos de carbono dispuestos en una red hexagonal, es famoso por sus propiedades:

- **Conductividad eléctrica y térmica superior:** Ideal para dispositivos electrónicos ultrarrápidos y sistemas de disipación de calor.
- **Resistencia mecánica:** Es unas 200 veces más fuerte que el acero, lo que permite su uso en materiales compuestos para aviones, automóviles y estructuras ligeras.
- **Flexibilidad:** Perfecto para pantallas táctiles flexibles o dispositivos electrónicos portátiles.

Ejemplo de impacto social:

En países en desarrollo, el grafeno puede utilizarse para fabricar sistemas de purificación de agua asequibles, ayudando a millones de personas que carecen de acceso a agua potable. Por ejemplo, membranas de grafeno han demostrado ser eficaces para filtrar sales y contaminantes, abriendo una puerta a soluciones de desalinización más económicas.

2. Richard Feynman - Visión adelantada sobre la nanotecnología

En su conferencia *"There's Plenty of Room at the Bottom"* (1959) Feynman imaginó un mundo donde materiales diseñados a nivel atómico cambiarían radicalmente nuestra forma de vida. Aunque no mencionó el grafeno específicamente, sus ideas inspiraron generaciones de investigadores en nanotecnología.

- **Relación con el grafeno:** Las propiedades extraordinarias del grafeno emergen precisamente de su estructura nanométrica, alineándose con la visión de Feynman sobre el control preciso de los materiales.
- **Impacto práctico:** El desarrollo de transistores de grafeno podría reemplazar al silicio, permitiendo computadoras más rápidas y eficientes, esenciales para la inteligencia artificial y la computación cuántica.

3. Ray Kurzweil - Grafeno y el futuro de la tecnología

Kurzweil enfatiza cómo el grafeno puede acelerar la transición hacia tecnologías sostenibles:

- **Baterías de grafeno:** Permiten cargas ultrarrápidas y mayores capacidades, cruciales para vehículos eléctricos y almacenamiento de energías renovables.

- **Sensores avanzados:** Su sensibilidad extrema lo hace ideal para detectar gases, compuestos químicos y biomarcadores, revolucionando la atención médica preventiva.

Ejemplo clave:

En India, donde las enfermedades respiratorias son una crisis de salud pública, los sensores de grafeno podrían integrarse en dispositivos portátiles para monitorear la calidad del aire en tiempo real, alertando a las comunidades vulnerables.

Reflexión:

Kurzweil plantea que la accesibilidad será clave. Para que el grafeno tenga un impacto social positivo, debe evitarse que quede monopolizado por grandes corporaciones tecnológicas.

4. Naomi Klein - Grafeno y la justicia climática

En su enfoque sobre el cambio climático, Klein subraya que el grafeno podría ser una herramienta esencial para la transición hacia una economía verde:

- **Aplicaciones en energía solar:** Los paneles solares de grafeno son más eficientes, ligeros y económicos, lo que facilita su instalación incluso en comunidades remotas.
- **Reducción de huellas de carbono:** Su uso en materiales ultraligeros para transporte

puede disminuir significativamente el consumo de combustible.

Ejemplo clave:

En África, proyectos piloto han demostrado que las membranas de grafeno pueden purificar aguas contaminadas por minería, mejorando la salud pública y reduciendo el impacto ambiental.

Reflexión crítica:

Klein insiste en que estos avances deben ser accesibles para las naciones más afectadas por el cambio climático y no convertirse en una herramienta para perpetuar las desigualdades globales.

5. Yuval Noah Harari - Materiales avanzados y el futuro de la humanidad

En *"Homo Deus"*, Harari plantea que los avances tecnológicos redefinirán no solo nuestra economía, sino también nuestras estructuras sociales y políticas. En este contexto, el grafeno podría desempeñar un papel central:

- **Ciudades inteligentes:** La integración de grafeno en sensores y redes de comunicación puede transformar las urbes en espacios más eficientes, sostenibles y habitables.
- **Educación y conectividad:** Su uso en dispositivos electrónicos asequibles podría cerrar brechas digitales en regiones desfavorecidas.

Ejemplo clave:

En Brasil, un proyecto experimental utilizó antenas de grafeno para mejorar el acceso a Internet en áreas rurales, permitiendo a estudiantes participar en educación en línea.

Reflexión ética:

Harari advierte que, aunque los materiales avanzados ofrecen soluciones prometedoras, también plantean riesgos si no se distribuyen equitativamente. La regulación internacional será crucial para garantizar un desarrollo inclusivo.

6. Vandana Shiva - Ética y sostenibilidad

Shiva, en su activismo, cuestiona quién controla las tecnologías emergentes y cómo afectan a las comunidades vulnerables. Su enfoque puede aplicarse directamente al grafeno:

- **Agricultura:** El grafeno podría usarse para sensores que optimicen el riego y monitoreen la salud del suelo, beneficiando a pequeños agricultores.
- **Riesgos de monopolización:** Existe preocupación de que las patentes y licencias sobre el grafeno sean controladas por pocas empresas, excluyendo a quienes más necesitan sus beneficios.

Ejemplo clave:

En comunidades agrícolas de Asia, investigadores han desarrollado prototipos de sensores de grafeno para medir la humedad del suelo, ayudando a los agricultores a mejorar la eficiencia hídrica en zonas áridas.

Reflexión:

Shiva subraya que los beneficios del grafeno deben integrarse en un marco ético que priorice a las comunidades marginadas y evite nuevas formas de explotación.

El grafeno, en fin, es más que un material innovador; es un catalizador para cambios profundos en la sociedad. Sin embargo, para que su impacto sea positivo y amplio, es necesario:

1. Regular su desarrollo y aplicación para garantizar accesibilidad.
2. Estudiar sus riesgos medioambientales y biológicos.
3. Asegurar que las tecnologías basadas en grafeno contribuyan a cerrar brechas sociales y económicas.
- 4.

Conexiones entre Graffiti y Grafeno: Democratización e Innovación

A primera vista, el graffiti y el grafeno parecen quedarse, en una comparación superficial, en un mero juego de palabras: aparentan pertenecer a mundos distintos: el primero, al ámbito de lo cultural y lo visible; el segundo, al ámbito de lo científico y lo invisible. Sin embargo, ambos comparten un principio esencial: ***su capacidad para democratizar y transformar.***

- **Acceso universal:** Mientras que el graffiti democratiza la expresión artística al eliminar barreras económicas y de clase, el grafeno democratiza la innovación tecnológica, prometiendo soluciones accesibles a problemas globales.
- **Transformación del entorno:** Ambos reconfiguran nuestro entorno, aunque de maneras diferentes. El graffiti da vida a muros grises, transformándolos en portavoces de cambio. El grafeno reinventa materiales cotidianos, haciéndolos más eficientes y sostenibles.
- **Innovación desde abajo:** Tanto el graffiti como el grafeno han sido impulsados por mentes creativas que desafían lo establecido. El graffiti nace de la necesidad de expresar lo que no se puede decir en espacios oficiales, mientras que el grafeno se descubrió gracias a experimentos ingeniosos, como el uso de cinta adhesiva para aislarlo por primera vez.

El impacto social en el presente y el futuro

El graffiti y el grafeno son catalizadores de cambio que operan en diferentes contextos, pero que convergen en su capacidad para abordar desafíos sociales y culturales.

1. **Inclusión y representación:** El graffiti permite que comunidades marginadas se representen en el espacio público, mientras que el grafeno promete cerrar brechas tecnológicas y económicas.
2. **Educación y conciencia:** Proyectos artísticos urbanos y aplicaciones científicas basadas en el grafeno pueden educar y sensibilizar sobre problemas globales, desde la desigualdad hasta el cambio climático.
3. **Movilización social:** Ambos inspiran acción colectiva, ya sea a través de movimientos culturales o mediante la adopción de tecnologías sostenibles.

Del arte a la ciencia, un camino hacia el progreso

La evolución social se manifiesta tanto en los muros de las ciudades como en las moléculas de carbono. Ambos representan diferentes caras de la creatividad humana: una, la capacidad de transformar es-

pacios y comunicar ideas; la otra, la habilidad de manipular la materia para crear un futuro más equitativo y sostenible.

En última instancia, el graffiti y el grafeno nos recuerdan que el cambio social no solo depende de grandes instituciones, sino también de la imaginación y el ingenio humano. Ya sea con un aerosol en la mano o con un microscopio, el potencial de transformar el mundo está al alcance de todos. Por ende, es conveniente huir de los falsos debates donde nos fuerzan a elegir uno de los bandos, para decir “y” en vez de “o”, combinando arte y tecnología, ciencia y fe, progreso y humanismo.

5.2 Imágenes y poder

Las imágenes acompañan a la humanidad desde antes de la escritura. En las cuevas de Altamira (España) o en los petroglifos de Ingapirca (Ecuador), ya encontramos representaciones que no eran meros adornos, sino formas de transmitir creencias, saberes y poderes. El cazador que pintaba un bisonte en la pared no solo registraba lo que veía: buscaba propiciar la caza, apropiarse simbólicamente del animal. Desde el inicio, la imagen es acción, es poder.

En la Antigüedad, los gobernantes comprendieron que el control de la imagen era tan importante como el control militar. Alejandro Magno encargaba

esculturas y monedas que difundieran su rostro en todo el imperio; los faraones egipcios construían estatuas colosales para proyectar una idea de eternidad. Los Presidentes de Ecuador gastan enormes sumas de dinero en cadenas y publicidad institucional. El mensaje era y es claro: quien domina las imágenes, domina la memoria colectiva.

La Edad Media europea ofrece otro ejemplo: los vitrales de las catedrales contaban historias bíblicas a una población en su mayoría analfabeta. La imagen reemplazaba al texto escrito y se convertía en pedagogía visual. No es casualidad que la iconografía religiosa, desde los frescos hasta las procesiones, haya sido una de las principales vías de transmisión de fe y de autoridad eclesial.

En América Latina, las imágenes también fueron campo de poder durante la colonia. Los misioneros utilizaron cuadros, retablos y esculturas para enseñar la doctrina cristiana, mientras que las culturas originarias respondían resignificando esos símbolos. El sincretismo religioso —como la Virgen de Guadalupe en México o la Virgen del Quinche en Ecuador— es fruto de esa tensión: la imagen impuesta se volvió propia, y en ella los pueblos encontraron refugio y resistencia.

El siglo XX marcó un giro con la expansión de los medios masivos: fotografía, cine, televisión. La

propaganda política se convirtió en arte de la manipulación visual. Pensemos en los carteles soviéticos que glorificaban al obrero, en la estética fascista que exaltaba la fuerza y la disciplina, o en la publicidad capitalista que asocia felicidad al consumo, con la Coca Cola como anuncio por antonomasia, donde se vende la “experiencia” asociada al producto. En todos los casos, la imagen simplifica y amplifica, movilizand o emociones más que razones.

Hoy vivimos en un ecosistema donde la imagen circula con velocidad y abundancia nunca vistas. Instagram, TikTok y YouTube son vitrinas de identidades, pero también espacios donde se libran batallas por la atención. Un meme puede ridiculizar a un político en segundos y acabar con una carrera forjada durante años; una foto filtrada puede destruir reputaciones o hacer surgir nuevos liderazgos. El poder ya no reside solo en quien produce imágenes, sino en quien logra viralizarlas.

Ejemplo cercano: durante el estallido social en Chile en 2019 o las protestas en Ecuador en 2019 y 2022, las imágenes difundidas en redes sociales tuvieron un rol fundamental para sensibilizar, organizar y denunciar. Videos de represión circularon globalmente, cuestionando las narrativas oficiales. En estos casos, la imagen fue resistencia y contrapeso de poder.

Sin embargo, las imágenes también pueden ser instrumentos de manipulación. Las *fake news* suelen

apoyarse en fotografías sacadas de contexto. Una foto de otro país o de otro tiempo puede circular como prueba de un hecho inexistente. Por eso, la alfabetización mediática exige aprender a preguntar: ¿de dónde viene esta imagen?, ¿quién la produce?, ¿con qué propósito circula?, ¿qué oculta además de lo que muestra?

La publicidad comercial es otro terreno donde se juegan los vínculos entre imagen y poder. No se vende un producto, sino un estilo de vida. Un anuncio de una bebida no habla de agua con azúcar y gas, sino de amistad, juventud, éxito. La imagen se apropia de valores abstractos para asociarlos con objetos concretos. Y esa operación moldea deseos, aspiraciones y consumos.

En el campo educativo, enseñar a leer imágenes es tan vital como enseñar a leer textos. Esto implica ejercicios de análisis crítico: comparar titulares y fotos de distintos periódicos sobre el mismo hecho; analizar encuadres, ángulos, colores; crear campañas alternativas que visibilicen lo que suele quedar fuera del foco. Solo así la sociedad podrá contar con ciudadanos capaces de resistir la manipulación y de usar la imagen como herramienta de justicia y creatividad.

En síntesis, las imágenes son mucho más que reflejos de la realidad: son construcciones que influyen en lo que pensamos, sentimos y hacemos. Por eso, alfabetizar en imágenes es democratizar el poder. Quien sabe leer y producir imágenes con sentido crítico se

convierte en ciudadano activo, capaz de defender su dignidad y de transformar su entorno. Sin embargo, sin ánimo de entrar en teorías conspiranoicas o pisar charcos fuera del cometido de este libro, cabe preguntarse si será verdad eso que dicen sobre que los políticos y quienes manejan el sistema (los poderes fácticos) prefieren un pueblo indolente, sin empoderar. ¿Tú qué piensas y cómo te significas?

5.3 La invención de la escritura

La escritura transformó la historia humana tanto como el fuego o la rueda. Antes de su invención, todo el saber debía transmitirse de memoria: leyendas, genealogías, leyes, técnicas de cultivo o caza. La oralidad era poderosa, pero también frágil: dependía de los ancianos, de los relatos reiterados, del tiempo compartido. Con la escritura apareció una posibilidad inédita: fijar palabras, registrar pensamientos, extender la memoria más allá del individuo. Fue como inventar una segunda mente colectiva.

Los primeros sistemas surgieron en distintos lugares del mundo, casi simultáneamente: los sumerios con la escritura cuneiforme hacia el 3200 a. C.; los egipcios con los jeroglíficos; los chinos con sus caracteres; los mayas con sus glifos. Todos tenían en común una necesidad práctica: contabilizar granos, registrar tributos, dejar constancia de tratados. La escritura nació de la economía, pero pronto se volvió cultura, política y también religión.

En Mesopotamia, las tablillas de arcilla no solo llevaban cuentas de cebada: también narraban mitos como la Epopeya de Gilgamesh. En Egipto, los jeroglíficos decoraban tumbas para garantizar la vida eterna. En Mesoamérica, los códices registraban genealogías, rituales y movimientos astronómicos. Cada trazo era más que un signo: era una llave para organizar el mundo.

La escritura permitió crear burocracias, leyes, archivos. El Código de Hammurabi, tallado en piedra, no era solo un conjunto de normas: era una declaración de poder. Lo escrito parecía más estable, más legítimo que lo dicho. De allí proviene el prestigio que aún hoy damos al documento frente a la palabra oral: lo escrito 'vale más' o, dicho en otras palabras, “lo impreso impresiona”. Sin embargo, la escritura no fue neutral. En muchos lugares, estuvo reservada a élites: escribas, sacerdotes, funcionarios. El monopolio del saber escrito reforzaba jerarquías. Quien sabía escribir tenía poder sobre quien no sabía. En la Edad Media europea, los monasterios guardaban y copiaban libros, en lo que fue el embrión de las universidades modernas; en los Andes, los quipus —aunque no eran escritura alfabética— también requerían especialistas para leerlos. La escritura no solo registraba: controlaba.

Con el tiempo, el acceso se amplió. El alfabeto fenicio simplificó la escritura, permitiendo que más personas pudieran aprenderla. Los griegos añadieron

vocales, y con ellos surgió una tradición filosófica que se apoyaba en el texto. Los romanos la expandieron con su imperio. Siglos después, la invención de la imprenta multiplicó exponencialmente el alcance de la palabra escrita. Gutenberg no solo imprimió Biblias: inauguró la era de la lectura masiva.

América Latina vivió una experiencia compleja. Las culturas originarias tenían sus propios sistemas de registro —glifos mayas, quipus andinos—, pero fueron desplazados por el alfabeto latino impuesto en la colonia. Sin embargo, los pueblos encontraron formas de apropiación: escribieron crónicas en castellano, pero cargadas de su visión del mundo. Felipe Guamán Poma de Ayala en el Perú es un ejemplo: un indígena que usó la escritura del colonizador para denunciar abusos y reclamar justicia, tratando así de cambiar el sistema desde adentro.

La escritura, entonces, puede ser herramienta de opresión o de resistencia. Las cartas clandestinas en dictaduras, los grafitis en las paredes, los manifiestos políticos, son usos subversivos de la escritura. Del otro lado, los edictos, decretos y contratos son formas institucionales de control. En ambos casos, el trazo fija realidades.

En el presente, vivimos otra revolución: la digital. Nuestros mensajes de WhatsApp, los tuits, los correos electrónicos son escrituras nuevas, instantá-

neas y efímeras. ¿Son menos válidas? No. Son la continuidad de un proceso milenario de fijar la palabra. La diferencia es la velocidad y la masificación. Nunca antes tanta gente escribió tanto. El reto es cómo leer, organizar y dar sentido a ese caudal infinito de signos.

Ejemplo: un estudiante universitario escribe a diario más palabras en chats y redes que en ensayos académicos. Sin embargo, rara vez se reconoce eso como práctica escritural. La tarea pedagógica es ayudar a transferir habilidades: claridad, coherencia, capacidad de síntesis. Escribir en redes no es opuesto a escribir en la academia; puede ser un puente si se reflexiona sobre los géneros y los registros.

La escritura también cambia nuestra manera de pensar. Como señaló Walter Ong, pasamos de una cultura oral —basada en la memoria, la repetición, la presencia— a una cultura escrita que permite la abstracción, la argumentación compleja, el archivo. Hoy, la escritura digital nos empuja hacia un modelo híbrido: oralidad secundaria (audios, videos) y escritura efímera coexistiendo.

Enseñar la historia de la escritura en el aula o esbozar este relato, como pretendemos en “Conocimiento, palabra y cambio social” no es un lujo erudito: es mostrar a los estudiantes que cada mensaje que envían forma parte de una tradición inmensa. Cuando escriben una reseña, continúan un camino que empezó con tablillas sumerias; cuando diseñan un meme, se

enlazan con los grafitis medievales. Comprender esa continuidad les da conciencia de que cada palabra escrita es un acto cultural con poder transformador.

En resumen, la invención de la escritura es más que un hito tecnológico: es una revolución antropológica. Nos permitió ampliar la memoria, construir instituciones, desafiar poderes, crear belleza y conocimiento. Hoy, en plena era digital, seguimos reinventando la escritura cada día. Y con cada reinención, nos reinventamos a nosotros mismos y ponemos los cimientos de una mayor realización personal.

5.4 Analphabetos funcionales del siglo XXI

Cuando hablamos de analfabetismo solemos imaginar a alguien que no sabe leer ni escribir una palabra. Ese fue durante mucho tiempo el gran desafío educativo de nuestros países. Sin embargo, en el siglo XXI la realidad se ha transformado: la mayoría de las personas pasa por la escuela, aprende a decodificar letras, y logra escribir frases básicas. Pero eso no significa que puedan comprender un contrato, analizar una noticia, o distinguir una opinión de un dato. Ahí entra el concepto de 'analfabetismo funcional'.

La UNESCO lo define como la incapacidad de una persona para usar sus habilidades de lectura y escritura en situaciones de la vida diaria. Es decir, alguien que puede leer un cartel o un afiche, pero no entiende un informe; alguien que escribe mensajes de texto, pero no logra redactar una carta formal; alguien que navega por internet, pero no distingue una fuente confiable de una dudosa. El problema no es la ausencia de alfabetización inicial (la del “mi mamá me mima”), sino la falta de competencias avanzadas para participar plenamente en la sociedad.

El analfabetismo funcional se hace visible en escenas cotidianas. Pensemos en una persona que recibe un medicamento y no comprende las instrucciones del prospecto; o en quien firma un contrato de trabajo sin leer la letra pequeña. Más aún: pensemos en quienes reciben cadenas de WhatsApp con noticias falsas y las reenvían sin verificar, ¡creyendo incluso que cumplen un deber! En todos esos casos, la capacidad básica de leer y escribir no basta para enfrentar los retos de la vida actual.

En Ecuador y otros países de América Latina, los estudios muestran que una parte significativa de los estudiantes que terminan la educación básica tienen dificultades para comprender textos largos, analizar gráficos o resolver problemas prácticos con información escrita. No es una cuestión de inteligencia, sino de en-

trenamiento: se enseña a descifrar letras, pero no siempre a pensar críticamente a partir de ellas. Por ende, lo que vemos es que el siglo XXI ha añadido otra dimensión: la alfabetización digital. Saber usar un celular no equivale a estar alfabetizado digitalmente. Un joven puede pasar horas en redes sociales, pero no entender cómo proteger sus datos, cómo detectar un discurso de odio, o cómo usar la red para aprender. Ese es el nuevo rostro del analfabetismo funcional: ciudadanos hiperconectados, pero incapaces de filtrar la información y de darle un uso constructivo.

El problema se agrava porque vivimos en una sociedad de sobreinformación. Nunca hubo tantos datos disponibles, y nunca fue tan difícil distinguir lo cierto de lo falso. Un analfabeto funcional digital puede contribuir sin querer a la desinformación, convirtiéndose en eslabón de una cadena dañina. De ahí la importancia de la alfabetización mediática y digital como componente esencial de la educación moderna.

Ejemplo: en tiempos de pandemia, circularon mensajes que afirmaban que beber cloro curaba el virus, o que las antenas 5G transmitían enfermedades. Miles de personas creyeron esas noticias falsas y actuaron en consecuencia, poniendo en riesgo su salud. El problema no era la incapacidad de leer el mensaje, sino la falta de herramientas críticas para evaluarlo.

Desde la perspectiva pedagógica, enfrentar el analfabetismo funcional implica cambiar el enfoque de

la enseñanza. No basta con que leamos en voz alta; es necesario que desde la escuela, el colegio y la universidad se interprete, se debata, se contrasten voces. No basta con que se copien definiciones; debemos aprender a aplicarlas en situaciones reales. La comprensión lectora debe ser transversal a todas las materias, desde matemáticas hasta historia.

También se trata de formar hábitos: leer libros largos en tiempos de inmediatez digital, analizar noticias de distintas fuentes, discutir con respeto en espacios virtuales. Son prácticas que entrenan el músculo del pensamiento crítico. Así como ir al gimnasio fortalece el cuerpo, la lectura crítica fortalece la mente contra la manipulación.

En el ámbito laboral, el analfabetismo funcional se traduce en baja productividad y en riesgo de explotación. Un trabajador que no entiende un manual de seguridad está más expuesto a accidentes; alguien que no comprende un reglamento laboral puede aceptar condiciones injustas. Por eso, alfabetizar funcionalmente no es un lujo cultural, sino una necesidad económica y social.

La universidad también tiene un papel central. No se trata solo de transmitir información, sino de enseñar a seleccionarla, cuestionarla y aplicarla. En carreras como medicina, derecho o ingeniería, comprender un texto técnico puede significar salvar vidas o evitar

injusticias. Por eso, cada curso debería incluir momentos de entrenamiento en lectura crítica, escritura argumentativa y análisis de medios.

Ejercicios didácticos útiles son: comparar coberturas mediáticas de un mismo hecho; analizar contratos ficticios con cláusulas engañosas; redactar respuestas a mensajes de odio en redes sociales; identificar falacias en discursos políticos. Todo ello entrena la mente para no ser presa fácil del ruido externo.

En resumen, el analfabetismo funcional del siglo XXI no se mide solo en la capacidad de leer y escribir, sino en la competencia para usar esas habilidades en la vida real, en un mundo complejo, saturado de información y atravesado por tecnologías digitales. Combatirlo requiere una educación integral, orientada no solo a transmitir conocimientos, sino a formar ciudadanos críticos, responsables y capaces de transformar su realidad.

5.5 Magia dormida en manos digitales

Cada vez que encendemos un celular, una tableta o una computadora, tenemos en las manos una máquina que concentra más poder que los grandes centros de cálculo de hace apenas cincuenta años. Con un clic accedemos a bibliotecas enteras, con un toque grabamos un video, con un mensaje nos comunicamos

al instante con alguien en otro continente. Y, sin embargo, gran parte de esa potencia permanece desaprovechada. Usamos dispositivos que pueden ayudarnos a crear música, diseñar programas, aprender idiomas o gestionar comunidades, pero los reducimos a máquinas de ocio inmediato.

De ahí la metáfora de la 'magia dormida'. La tecnología es como un libro encantado: el grimorio guarda hechizos, pero solo funcionan si alguien decide leerlos en voz alta. El problema no está en la máquina, sino en el uso que le damos. Muchos jóvenes y adultos se limitan a consumir: deslizan pantallas, miran videos cortos, pasan horas en redes sociales. La magia sigue dormida, porque no se convierte en acción transformadora. Ejemplo: un celular que se usa solo para chatear, perder la noción del tiempo jugando online horas y horas o darse atracones de series podría también grabar un podcast estudiantil, documentar la memoria de una comunidad, o difundir un proyecto ambiental. Una laptop que sirve para ver películas de dudosa calidad podría convertirse en taller de programación, estudio de diseño gráfico o laboratorio de escritura. La diferencia está en el propósito, no en la herramienta.

En Ecuador, varias comunidades rurales han demostrado cómo despertar esa magia. Con simples teléfonos, grupos campesinos han organizado cadenas de solidaridad, han registrado violaciones de derechos o han difundido prácticas agrícolas sostenibles. En la

Amazonía, jóvenes indígenas usan redes sociales para visibilizar su cultura, su lengua y las amenazas contra su territorio. Allí la tecnología no es adorno, sino arma de dignidad, aunque también hay riesgos. La magia dormida puede convertirse en espejismo: creemos que por estar conectados ya somos más libres o más sabios. No siempre es así. El exceso de entretenimiento puede hacernos dependientes, y los algoritmos pueden encerrarnos en burbujas de información (esta es la teoría de la “cámara de ecos”). Por eso, despertar la magia exige también alfabetización crítica: aprender a usar la tecnología sin ser usados por ella.

Desde la educación, el reto es doble. Por un lado, enseñar habilidades técnicas: cómo usar un procesador de textos, cómo editar un video, cómo manejar bases de datos. Por otro, cultivar criterios éticos y sociales: ¿para qué usamos esas herramientas?, ¿qué impacto tienen en nuestra comunidad?, ¿cómo cuidamos nuestra privacidad y la de los demás? Este debate nos lleva incluso al campo de los neuroderechos.

Un enfoque pedagógico posible es la pedagogía de proyectos: invitar a los estudiantes a usar lo digital para resolver un problema real. Por ejemplo, ¿te ves capaz de diseñar una campaña de reciclaje en Instagram, elaborar un canal de YouTube con tutoriales de matemáticas o crear una aplicación que conecte ofertas de voluntariado? Así, la tecnología se convierte

en medio de aprendizaje significativo y de impacto social. Otro camino es fomentar la creatividad digital. No se trata solo de consumir contenidos, sino de producirlos: blogs, videos, cómics digitales, infografías, música. Cuando un estudiante descubre que puede contar una historia en TikTok con sentido crítico o que puede usar memes para explicar un concepto filosófico, la magia empieza a despertar. La clave es combinar la frescura del medio con la profundidad del mensaje.

La dimensión ética es, no obstante, inseparable e irrenunciable. Usar la magia digital implica reconocer responsabilidades: no difundir discursos de odio, respetar derechos de autor, proteger datos sensibles. Cada clic deja huella, y esas huellas configuran reputaciones y relaciones. Despertar la magia dormida es también aprender a caminar con cuidado en el terreno digital. En este sentido, ejercicios útiles en el aula pueden ser: analizar la huella digital personal, crear proyectos colaborativos en línea, desarrollar guías de uso responsable de redes, producir campañas de sensibilización en temas sociales. Estos trabajos permiten experimentar la potencia de la tecnología sin perder de vista su dimensión humana. La magia dormida en manos digitales no es una promesa abstracta, sino una posibilidad concreta que depende de nuestras decisiones. Cada dispositivo es un portal: puede llevarnos al consumo pasivo o a la creatividad activa, al aislamiento individual o a la construcción colectiva. Despertar la

magia significa elegir conscientemente, aprender a usar las herramientas con propósito y convertir la tecnología en aliada de la dignidad humana.

6. Lecturas, cavernas y laberintos

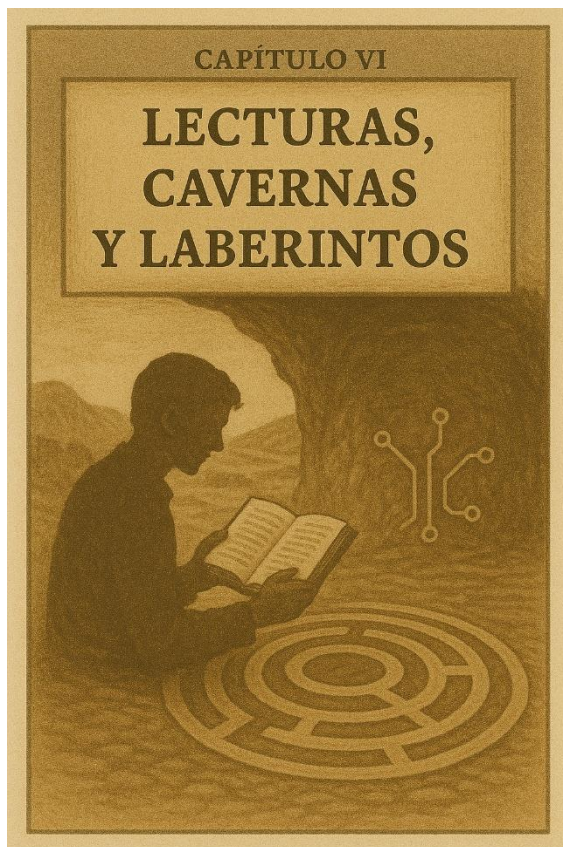


Ilustración elaborada con ayuda de IA

«La lectura nos ayuda a no quedarnos en la superficie, a entrar en la profundidad de las cosas, a cultivar el silencio interior y a abrirnos a horizontes más amplios. Leer no es sólo acumular información, sino aprender a mirar el mundo con ojos nuevos, a reconocer la dignidad de cada persona y a buscar en la cultura semillas de esperanza.» (Papa Francisco)

Referencia:

Francisco. (2019). *Christus vivit. Exhortación apostólica postsinodal a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.

6.1 La lectura: una misión para ser humanos

Lo cotidiano es el universo de todos los mortales y del que muchos quieren escapar, sin ver que, ahí, es donde realmente se da lo más relevante. En el día a día es donde se encuentra eso que se siente como lo peor, el tedio y la rutina. Pero, en realidad pueden ser las joyas que podemos encontrar sin buscar. Es el caso de Irene Vallejo quien, en las innumerables horas de acompañamiento a su padre y luego a su hijo, en la habitación de un hospital, abrió el pasado que había estudiado en Zaragoza, España, en su carrera universitaria. Como

filóloga clásica, Vallejo podría haber sido una cifra más que engrosa el ya consabido discurso de que las letras, las Humanidades y los clásicos no sirven para nada.

Sin embargo, el material del que están hechos los sueños es más fuerte que todo el pesimismo que arremete contra este conocimiento. Con una labor paciente, entre noches de desvelo y sin horizonte alguno del reconocimiento que luego le ha llegado, Vallejo construyó un recorrido histórico de la palabra guardada en el mayor de los tesoros de la humanidad: los libros. En los tiempos de pandemia, el amor a los libros experimentó algo que nadie imaginaba. El conocido confinamiento hizo que muchos seres humanos se refugiaran en la lectura. Y, fue, precisamente *El infinito en un junco* (2019) apareció pocos meses antes de esta situación mundial y fue el acompañamiento de miles de personas. La historia del libro que empieza en el material del junco, el papiro, que recoge unas cuantas palabras es el hilo con el que se tejió esta obra.

La palabra viaja a través del tiempo, del barro, del papel, de las hazañas y las miserias de los seres humanos a lo largo de los milenios hasta nuestros días. A pesar de la construcción y destrucción de las bibliotecas, de las persecuciones y prohibiciones de leer, la palabra salta de un soporte al otro. No hay ruido, del tipo que sea, que la acalle. Así, Vallejo ha seguido publicando después del gran éxito de *El infinito en un junco*.

De menos envergadura, pero no por ello de menos calidad, Vallejo nos acompaña a asomarnos, de nuevo, a las palabras, a su lectura, a través de *El silbido del arquero* (2016) y *Alguien habló de nosotros* (2017).

6.2 El libro y los textos clásicos

La lectura de libros clásicos es una herramienta invaluable para el desarrollo intelectual y personal de los estudiantes universitarios; ayuda a desarrollar habilidades de pensamiento crítico. Las obras clásicas abordan temas complejos y universales que invitan a la reflexión y al análisis profundo.

Los libros clásicos ofrecen una ventana a diferentes épocas, culturas y estilos literarios. Leer estas obras enriquece el vocabulario y mejora la comprensión del lenguaje, además de proporcionar una base sólida en la historia de la literatura.

Las historias y personajes de los libros clásicos permiten explorar diferentes perspectivas y desarrollar la empatía. Al identificarse con los personajes y sus experiencias, el lector amplía la comprensión del mundo y de sí mismos.

Utilizar recursos multimedia, como audiolibros, películas y documentales basados en obras clásicas, puede hacer que la lectura sea más accesible y atractiva. Las plataformas de lectura digital pueden facilitar el acceso a libros clásicos.

Análisis de cómo las temáticas y los problemas abordados en los libros clásicos siguen siendo relevantes hoy en día. Organizar debates y discusiones sobre cómo las obras clásicas se relacionan con eventos y temas actuales nos hace apreciar el valor perenne de los temas universales de relación de la persona en las cuatro dimensiones:

- ✓ SACRAL: relación de la persona con la transcendencia.
- ✓ PERSONAL: relación de la persona consigo mismo misma.
- ✓ SOCIAL: relación de la persona con la sociedad.
- ✓ COSMICO: relación de la persona con la naturaleza.

Es recomendable leer especialmente los libros que han perdurado a lo largo del tiempo, aquellos que son preferidos por lectores en general... es decir: los «clásicos» de cada materia. Clásicos son los libros perpetuos, los que han sido creados y apreciados por personas destacadas. Pedro Salinas lo explica de esta manera:

«Leer con atención profunda los clásicos es entrar en contacto con gentes que supieron pensar, sentir, vivir más altamente que casi todos nosotros, de manera ejemplar; y darnos cuenta de cómo ese pensar y ese sentir fueron haciéndose palabra hermosa. Los clásicos son una escuela total; se aprende de ellos por todas

partes, se admira lo entrañablemente sentido o lo claramente pensado, en lo bien dicho. Y cuando nos toque a nosotros, en nuestra modesta tarea del mundo, la necesidad de hacer partícipes a nuestros prójimos de una idea o de un sentimiento nuestros, esos clásicos que leímos estarán detrás, a nuestra espalda, invisibles pero fieles, como los dioses que en la epopeya helénica inspiraban a los héroes, ayudándonos a encontrar la justa expresión de nuestra intimidad» Pedro Salinas, *Defensa del lenguaje*, en *El defensor*, Alianza, Madrid 1967, 330.

Italo Calvino, en su ensayo *Por qué leer los clásicos*, Tusquets, Barcelona 1993 (2ª), 13-19 propone una serie de características que definen a los libros clásicos:

1. Los clásicos son libros que nunca terminan de decir lo que tienen que decir.
2. Son aquellos libros que ejercen una influencia especial, tanto cuando se los lee por primera vez como cuando se los relea.
3. Cada relectura de un clásico es una nueva lectura, porque el lector cambia y descubre cosas nuevas.
4. Nunca dejan de ser actuales, ya que siguen dialogando con cada época.
5. Son libros que se consideran fundamentales en la formación cultural de una persona.

6. Se leen con una sensación de redescubrimiento, incluso si nunca los habíamos leído antes.
7. Tienen un impacto tan grande que pueden influir en nuestra percepción del mundo sin necesidad de haberlos leído directamente.
8. Son inagotables y permiten múltiples interpretaciones a lo largo del tiempo.
9. Cada persona tiene su propio canon de clásicos, dependiendo de su educación y cultura.
10. No se imponen por obligación, sino que se disfrutan cuando se leen en el momento adecuado.
11. Un clásico no ha agotado su poder de impacto ni ha quedado relegado al pasado.
12. Son libros que generan una huella en la memoria colectiva y personal.
13. Se reconocen por su capacidad de inspirar otras obras y su influencia en la literatura posterior.
14. Un clásico es aquel libro que, cuanto más se cree conocerlo, más nuevo se descubre al releerlo.

Calvino invita a leer los clásicos sin miedo, con curiosidad y con la certeza de que siempre tienen algo que ofrecernos. ¿Tienes algún clásico favorito?

Más instructiva aún que nuestra manera de tratar nuestros libros, es nuestra manera de leerlos. En materia de lectura, nosotros, «lectores», nos permitimos todos los derechos, comenzando por aquellos que negamos a los jóvenes a los que pretendemos iniciar en la lectura, tal y como menciona el genial Daniel Pennac en su obra *Como una novela*:

- 1) El derecho a no leer.
- 2) El derecho a saltamos las páginas.
- 3) El derecho a no terminar un libro.
- 4) El derecho a releer.
- 5) El derecho a leer cualquier cosa.
- 6) El derecho al bovarismo (sic).
- 7) El derecho a leer en cualquier sitio.
- 8) El derecho a hojear.
- 9) El derecho a leer en voz alta.
- 10) El derecho a callarnos.

6.3 ¿Leer nos hace mejores?

Las palabras nos proporcionan «unidades de significado» que podemos recopilar, organizar y comparar. Gracias a ellas, construimos un «mapa simbólico» del mundo, un mapa hecho de signos que describen tanto sus partes reales como imaginarias. En ausencia de palabras, el mundo permanece indistinto, amorfo, una masa sin contornos. Como señaló José Antonio Marina: «La realidad en bruto no es habitable: es preciso darle significados, segmentarla, dividirla en estancias y construir pasillos y relaciones para ir de una parte a otra» (Marina, *Teoría de la inteligencia creadora*, 1994, p. 63).

Esta capacidad de las palabras para dividir el universo en realidades distintas constituye una de las más profundas invenciones de la humanidad. A través de ellas, distinguimos unas cosas de otras; gracias a ellas, el caos se convierte en cosmos. El lenguaje estabiliza lo efímero, otorga consistencia a lo fugaz, fija en símbolos lo que de otro modo se desvanecería en el olvido. Como decía J. M. Valverde, las palabras son «formas de permanencia» que nos permiten experimentar el mundo como un conjunto ordenado y significativo (*Estudios sobre la palabra poética*, 1958, p. 123).

La lectura como multiplicación de vidas

Rosa Montero lo expresó con claridad en su obra *El amor de mi vida*: quien no lee vive menos. Y no se trata solo de una metáfora: la literatura multiplica nuestras experiencias posibles. La existencia humana, estrecha y efímera, se ensancha mediante las páginas de un libro. La lectura nos concede, como diría Borges, la posibilidad de vivir la vida de los otros y, por tanto, de expandir la nuestra. Leer, ir al teatro o al cine es una forma de compensar el límite de nuestra biografía. Sin embargo, la literatura tiene un poder único: no hay vida virtual más poderosa ni más hipnotizante que la que brota de las palabras escritas.

Esta multiplicación de vidas no debe entenderse solo en sentido estético. Leer nos expone a situaciones que nunca viviríamos en carne propia, nos enfrenta a dilemas morales, nos obliga a cuestionar prejuicios. Así, la lectura se convierte en un laboratorio de la conciencia. Si, como afirma Martha Nussbaum, la educación literaria es un entrenamiento en la compasión, es porque al leer habitamos la mente de otros, compartimos su fragilidad y sus pasiones, y de ese modo ampliamos nuestro horizonte ético.

El poder de nombrar

Quien posee palabras, posee mundos. La capacidad de nombrar implica también la de transformar la realidad. No es casual que tantas culturas atribuyeran a la palabra un carácter mágico o sagrado: en los mitos mesopotámicos y bíblicos, el universo nace del verbo;

en la tradición andina, los cantos y narraciones son las que dan cohesión a la comunidad. Las palabras no solo describen lo real, sino que lo instauran.

De ahí que la carencia de palabras equivalga a una forma de pobreza. Paulo Freire insistía en que la alfabetización no es solo técnica de decodificación de signos, sino un acto de liberación. Enseñar a leer y a escribir es enseñar a “nombrar el mundo”, y por tanto a reclamar la propia dignidad. La pedagogía crítica latinoamericana lo ha repetido: sin lectura y sin palabra, el sujeto queda expuesto a la manipulación, reducido a la pasividad. Con lectura, en cambio, se convierte en protagonista de su historia.

Leer como acto social

La lectura no es solo un diálogo íntimo con un texto, sino también un hecho cultural y colectivo. Leer nos inserta en tradiciones, comunidades y movimientos sociales. Como se ha mostrado en estudios sobre la radio comunitaria o sobre la representación en los medios, los relatos —ya sea en ondas hertzianas, en pantallas o en páginas impresas— configuran identidades compartidas.

Así, el acto de leer se expande más allá del individuo: las palabras construyen comunidades de sentido. Un club de lectura, una biblioteca barrial, incluso un “café lector” universitario son espacios donde se

refuerza el lazo social mediante la narración compartida. En este sentido, la lectura combate el aislamiento y genera cohesión, como han demostrado proyectos pedagógicos que combinan escritura y memoria en poblaciones vulnerables.

El horizonte de la crítica

Pero no basta con leer mucho: importa cómo leemos. La lectura crítica es lo que diferencia la simple acumulación de datos de la auténtica comprensión transformadora. Daniel Cassany lo expresó: leer no es vocalizar signos, sino construir sentido a partir de los conocimientos previos, inferencias y contexto.

Cuando leemos críticamente, no solo seguimos el hilo de un relato, sino que interrogamos sus presupuestos, cuestionamos sus silencios, reconocemos sus ideologías. La lectura crítica nos vacuna contra la manipulación mediática y política. No es casual que las democracias necesiten ciudadanos lectores: sin la capacidad de interpretar discursos, de distinguir falacias, de reconocer sesgos, la libertad se vuelve una ilusión.

Leer para imaginar futuros

La literatura no se limita a describir lo que fue o lo que es. Su fuerza reside también en anticipar lo que podría ser. Las utopías y las distopías son ejercicios de imaginación política. Desde Tomás Moro hasta

las novelas contemporáneas de ciencia ficción, los libros nos permiten ensayar futuros posibles. En ellos se proyectan miedos y esperanzas colectivas.

Por eso, leer nos hace mejores también en un sentido prospectivo: nos entrena para el cambio. La imaginación literaria funciona como un laboratorio de alternativas. En un mundo enfrentado a crisis ecológicas, desigualdades sociales y dilemas tecnológicos, la capacidad de pensar mundos distintos es más urgente que nunca.

Leer y escribir: un ciclo inseparable que se retroalimenta

No podemos separar lectura y escritura. Todo lector se convierte, tarde o temprano, en escritor: al menos en escritor de sí mismo. Leer alimenta la capacidad de narrar, de organizar la propia experiencia en relatos con sentido. Como lo han señalado pedagogías innovadoras, la escritura no debe reducirse a un ejercicio escolar mecánico; es una forma de autoconocimiento y de ciudadanía.

En este sentido, leer nos hace mejores porque nos impulsa a escribir, a dejar huellas, a dialogar con el mundo. Quien lee enriquece su voz; quien escribe la ofrece como contribución a la conversación humana.

Palabras contra el olvido

La lectura cumple además una función de memoria. En sociedades marcadas por la violencia, la migración o la exclusión, los relatos conservan lo que de otro modo se perdería. Como mostraban los testimonios recogidos en investigaciones sobre narrativas de vida, la escritura autobiográfica permite reconciliarse con la historia personal y colectiva. Leer esas narraciones abre la posibilidad de reconocerse en el dolor del otro y de compartir procesos de sanación.

En el siglo XXI, la lectura enfrenta nuevos desafíos. Pantallas, redes sociales y mensajes breves han transformado los hábitos lectores. Algunos denuncian una crisis: leemos menos libros, tenemos menos capacidad de concentración. Sin embargo, también es cierto que nunca se había leído tanto, aunque en formatos distintos. Blogs, foros, series subtituladas, memes: todo es lectura de signos.

El reto está en no conformarse con la superficialidad. La lectura profunda, la que exige tiempo y atención, sigue siendo insustituible. Es allí donde se fragua la verdadera transformación personal. Como advertía Maryanne Wolf, necesitamos cultivar un “cerebro lector” capaz de alternar entre la velocidad digital y la reflexión pausada. Por ende, responder a la pregunta inicial del capítulo de si leer nos hace mejores merece matices. Leer no garantiza automáticamente la bondad ni la sabiduría. Hubo dictadores cultos y asesinos ilustrados. Sin embargo, en términos generales,

la lectura amplía horizontes, ejercita la empatía y fortalece la capacidad crítica. Es más difícil permanecer indiferente tras leer un buen poema, una novela desgarradora o un ensayo lúcido.

Leer nos hace mejores porque nos hace más humanos: más conscientes de nuestra fragilidad, más abiertos a la diversidad, más atentos al valor de las palabras. Leer nos convierte en habitantes plenos del mundo simbólico que sostiene nuestra convivencia.

6.4 El sentido de los proyectos de acción social y el voluntariado

Los proyectos de acción social y el voluntariado surgen como respuestas colectivas a problemáticas sociales específicas. Estas iniciativas buscan transformar realidades desfavorables mediante la promoción de justicia social, la equidad y el desarrollo humano. El sentido de estos proyectos puede analizarse desde diversas perspectivas: ética, comunitaria, política y económica, y está profundamente relacionado con los valores de solidaridad, cooperación y responsabilidad social.

Perspectiva Ética

El fundamento ético de los proyectos de acción social radica en la idea de que todas las personas, independientemente de su situación social, económica

o cultural, tienen el derecho a vivir dignamente. La acción social busca restablecer la justicia en aquellos espacios donde los derechos básicos han sido vulnerados, promoviendo el bienestar y la inclusión. Esto genera un compromiso moral de la sociedad para con los sectores más vulnerables, creando un sentido de responsabilidad compartida.

Empoderamiento y Transformación Social

Uno de los principales objetivos de los proyectos de acción social es el empoderamiento de las comunidades. A través de la participación activa, las personas adquieren herramientas para ser protagonistas de su propio desarrollo, lo que refuerza su capacidad de agencia. Este tipo de proyectos no solo busca cubrir necesidades básicas, sino generar transformaciones estructurales que permitan una mejora sostenida en la calidad de vida de las personas y en su entorno. La transformación social implica que los proyectos de acción social no solo alivien los síntomas de las problemáticas (como la pobreza o la exclusión), sino que también aborden sus causas profundas. Estos proyectos intentan incidir en las estructuras que perpetúan la desigualdad, tales como el acceso limitado a la educación, la discriminación o la falta de oportunidades laborales.

Participación Comunitaria

El éxito de un proyecto de acción social depende, en gran medida, de la participación de la comunidad. No se trata de imponer soluciones desde fuera, sino de trabajar con las personas afectadas, escuchando sus necesidades, ideas y propuestas. Este enfoque participativo garantiza que las soluciones sean culturalmente apropiadas y sostenibles en el tiempo. Además, la comunidad, al involucrarse en la planificación y ejecución del proyecto, fortalece sus lazos internos y su sentido de identidad colectiva.

Sostenibilidad y Efectividad

Un aspecto clave en el diseño de proyectos de acción social es la sostenibilidad. Para que una iniciativa tenga un impacto real y duradero, no debe depender exclusivamente de recursos externos o de soluciones a corto plazo. En este sentido, se busca crear capacidades locales y fortalecer la autonomía de las comunidades para que puedan continuar con las mejoras incluso después de que el proyecto termine.

Asimismo, la efectividad de estos proyectos se mide no solo en los resultados inmediatos, sino en la capacidad de generar cambios estructurales y sostenibles a largo plazo. Esto incluye la evaluación constante de los logros y el reajuste de las estrategias conforme se va desarrollando el proyecto.

Dimensión política

La acción social también tiene una dimensión política, ya que busca influir en las políticas públicas y en las estructuras de poder. Al visibilizar problemáticas sociales y movilizar a la sociedad, estos proyectos pueden presionar a los gobiernos y otras instituciones a tomar medidas que beneficien a las comunidades. Así, los proyectos de acción social no solo transforman las condiciones materiales de las personas, sino que también pueden alterar las relaciones de poder, promoviendo una mayor democracia y participación ciudadana.

Impacto personal y colectivo

En el nivel individual, la participación en proyectos de acción social puede ser profundamente transformadora. Las personas que participan como voluntarios o beneficiarios suelen experimentar un crecimiento personal al involucrarse en la mejora de las condiciones de vida de otros. Esto puede generar un sentido de propósito y pertenencia, así como el desarrollo de habilidades y competencias que pueden ser útiles en otros ámbitos de la vida.

A nivel colectivo, los proyectos de acción social contribuyen a la construcción de sociedades más cohesivas y solidarias, donde las personas se sienten más conectadas entre sí y más responsables del bienestar común.

Finalmente, el sentido de los proyectos de acción social radica en su capacidad de generar cambios significativos en las vidas de las personas y en la sociedad en general. Estos proyectos se fundamentan en principios éticos de justicia y equidad, y promueven la participación comunitaria y la sostenibilidad. Además, tienen un fuerte componente transformador, tanto a nivel individual como colectivo, y su impacto puede trascender las soluciones inmediatas, generando cambios estructurales a largo plazo. En última instancia, los proyectos de acción social son una herramienta poderosa para construir un mundo más justo y equitativo.

6.5 El cambio empieza por uno/a mismo/a

Cuando hablamos de transformación social, de justicia, de un mundo más equitativo, solemos imaginar grandes procesos colectivos: revoluciones, reformas, movimientos multitudinarios capaces de alterar estructuras de poder. Y, sin embargo, todo cambio comienza en lo más íntimo: en la conciencia y en las prácticas del individuo. De poco sirve clamar por un mundo mejor si no estamos dispuestos a revisar nuestros propios hábitos, nuestros prejuicios, nuestra manera de relacionarnos con los demás y con el entorno.

La tradición filosófica y espiritual de Oriente y Occidente ha repetido incansablemente esta enseñanza. Desde Sócrates, que proponía conocerse a sí mismo como punto de partida de la vida buena, hasta Gandhi, quien nos interpelaba diciendo: “sé tú el cambio que quieres ver en el mundo”; la historia está sembrada de voces que insisten en que la transformación social requiere de una revolución personal. El sujeto no puede permanecer inmóvil mientras exige a los demás que actúen. Como dicen los Beatles en la canción “Revolution”:

You say you'll change the constitution

Well, you know

We'd all love to change your head

You tell me it's the institution

Well, you know

You'd better free your mind instead

El espejo de la palabra

A lo largo de este libro hemos visto cómo las palabras nos permiten organizar el mundo, ensanchar nuestras experiencias y trazar mapas simbólicos que hacen habitable la realidad. En este último tramo conviene recordar que las palabras también son espejos: reflejan lo que somos y, al mismo tiempo, nos devuelven la imagen de lo que podríamos llegar a ser.

Leer, escribir, escuchar, dialogar: cada uno de estos actos constituye una oportunidad de transformación interior. Quien lee aprende a ponerse en el lugar del otro; quien escribe se enfrenta a sus propias contradicciones; quien dialoga descubre matices que su monólogo interno no le revelaba. Así, el cambio personal se produce en el mismo terreno donde se construye el lenguaje: en la interacción simbólica.

El despertar de la conciencia crítica

El cambio comienza con la toma de conciencia. No basta con repetir consignas sobre libertad o justicia: es necesario reconocer cómo nos atraviesan a diario las estructuras de poder. El machismo, el racismo, el clasismo, la desigualdad económica no son abstracciones distantes; se reproducen en nuestras decisiones cotidianas, en los chistes que aceptamos, en las compras que realizamos, en los silencios que guardamos.

La lectura crítica es aquí una herramienta insustituible. Ella nos permite desenmascarar los discursos que legitiman la opresión, identificar los implícitos que perpetúan desigualdades y reconocer que, muchas veces, hemos interiorizado lenguajes que contradicen nuestros ideales. Cambiar empieza por vigilar las palabras que usamos y los significados que transmitimos.

Ética de lo cotidiano

A menudo pensamos en la ética como un campo reservado a filósofos, tribunales o instituciones religiosas. Pero la ética más decisiva es la de lo cotidiano. ¿Cómo tratamos a quienes nos sirven un café, a los compañeros de trabajo, a la vecina anciana que necesita ayuda? En esos gestos, aparentemente triviales, se juega la textura de una sociedad. El cambio personal implica trasladar a lo concreto aquello que defendemos en abstracto. Si hablamos de igualdad, debe notarse en la distribución de las tareas domésticas. Si proclamamos la solidaridad, debe expresarse en nuestra disposición a compartir tiempo, dinero o conocimientos. Si decimos amar la naturaleza, debe reflejarse en nuestras prácticas de consumo.

El poder de los pequeños actos

Existe la tentación de creer que un gesto individual es irrelevante frente a problemas globales. “¿Qué importa que yo recicle si las grandes industrias contaminan?”, “¿Qué sentido tiene que deje de usar bolsas plásticas si la política ambiental no cambia?”. Pero esa lógica paralizante olvida que los grandes movimientos sociales se alimentan de la suma de pequeñas acciones.

El ejemplo cotidiano contagia. Un niño que ve a sus padres leer crecerá con más posibilidades de amar los libros. Una comunidad que ve a sus vecinos organizarse descubrirá que la participación es posible.

Una empresa que observa a sus clientes exigir responsabilidad social terminará adaptándose. El cambio no es inmediato, pero cada acto personal genera ondas expansivas.

La coherencia como horizonte

Cambiar por dentro significa buscar coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos. En sociedades saturadas de discursos, donde cualquiera puede proclamar ideales en una red social, la verdadera diferencia la marca la coherencia. ¿Vivimos de acuerdo con los valores que defendemos? ¿Nuestra vida cotidiana es un testimonio creíble de nuestras convicciones?

Por supuesto, la coherencia nunca es absoluta. Somos frágiles, contradictorios, expuestos a múltiples condicionamientos. Pero el esfuerzo por reducir la distancia entre palabras y actos es ya un camino de transformación. Y ese esfuerzo empieza siempre en primera persona.

Educarse para cambiar

El cambio personal no surge de la nada: requiere educación. Y no una educación entendida solo como acumulación de datos, sino como un proceso de formación integral que despierte el pensamiento crítico, la sensibilidad ética y la capacidad de diálogo. Las investigaciones pedagógicas recientes insisten en la necesidad de leer no solo para comprender un texto, sino

para comprender el mundo y actuar sobre él. Un estudiante que se entrena en la literacidad crítica aprende a identificar las trampas del lenguaje publicitario, las manipulaciones mediáticas y las falacias políticas. Ese entrenamiento no es accesorio: es la condición para que cada persona se convierta en agente de cambio. Ante este panorama, claro está, no faltará quien esgrima un discurso victimista donde se declare reo de sus circunstancias y situaciones. Sin embargo, lo cierto es que, aunque el ser humano tenga límites no significa esté condenado a sufrir limitaciones.

Autoconocimiento y autocuidado

El cambio también implica reconciliación con uno mismo. No podemos pretender transformar el mundo si no atendemos nuestras heridas, nuestras sombras, nuestras limitaciones. El autocuidado no es egoísmo; es condición para sostener una lucha prolongada. El activismo sin pausa, la entrega sin descanso, suelen conducir al agotamiento y la frustración. Aprender a descansar, a cultivar la vida interior, a reconocer la propia vulnerabilidad es parte esencial del cambio personal. Solo quien se cuida puede cuidar a otros; solo quien se conoce puede ofrecer autenticidad. Sólo quien cuenta con una buena autoestima puede construir una relación sana con otra persona, sin dependencias tóxicas.

Una ética de la esperanza: del yo al nosotros

El cambio personal no es un fin en sí mismo, sino un aporte a un horizonte mayor. Cambiamos para contribuir a una sociedad más justa, para sembrar esperanza en medio del desencanto, para demostrar que otro mundo es posible. La esperanza, como enseñó Paulo Freire, no es ingenuidad pasiva; es praxis. Es actuar hoy de acuerdo con el futuro que deseamos. Cada gesto coherente, cada palabra justa, cada acto de solidaridad es una anticipación de ese mundo mejor. El cambio empieza por uno/a mismo/a, pero no termina allí. La transformación personal se expande hacia la comunidad, hacia las estructuras sociales, hacia la cultura. Somos nodos en una red: lo que hacemos influye en otros, y lo que otros hacen nos transforma.

Si queremos un futuro distinto, debemos asumir la responsabilidad individual sin olvidar la dimensión colectiva. La palabra, la lectura, la escritura, la educación crítica y la ética cotidiana son los caminos para iniciar esa transformación. No habrá cambio social sin sujetos dispuestos a cambiarse a sí mismos. No habrá revolución cultural sin individuos capaces de revisar sus palabras, sus gestos y sus decisiones. El cambio comienza aquí, en cada uno de nosotros, cada día. Y solo así, paso a paso, palabra a palabra, gesto a gesto, el mundo dejará de ser un caos para convertirse en un cosmos habitable, justo y solidario.

REFERENCIAS

Martínez Millán, J. (2017). *La Compañía de Jesús y la comunicación en la Edad Moderna*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Almudena, S. (2020). *¿Empoderamiento o Maquillaje? La representación social de la mujer en la ficción digital de Netflix*. Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/62421/>

Aristóteles. (2009). *Ética a Nicómaco* (M. Araujo & J. Marías, Trans.). Gredos.

Baker, N. A. (2013). *Extra lives: Why video games matter*. *Choice*, 48(7), 1279-1285.

Barberá Heredia, E. (2010). *Modelos explicativos en psicología de la motivación*. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*, 5(10). <http://reme.uji.es/articulos/abarbe7630705102/texto.html>

Beebee, H. H. (2020). *Gender stereotypes in advertising: A critical discourse analysis*. *Language in India*, 20(1), 45–56.

Benjamin, W. (2008). *Sobre el concepto de historia*. En W. Benjamin, *Iluminaciones* (J. Aguirre, Trad.). Taurus.

Bisquerra, R. (2017, mayo 16). *Competencias emocionales*. <http://www.rafaelbisquerra.com/es/competenciase-mocionales/81-competencias-emocionales/100-concepto-competencia-emocional.html>

- Bou, J. F. (2013). *Coaching educativo*. Bogotá: U-Lid Editorial.
- Briones, G. (1996). *Metodología y técnicas de investigación para las ciencias sociales*. México: Trillas.
- Cassany, D. (1996). *La cocina de la escritura*. Barcelona: Anagrama.
- Cassany, D. (2006). *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.
- Cassany, D. (2009). *Para ser letrados. Voces y miradas sobre la lectura*. Barcelona: Paidós.
- Cassany, D., Luna, M., & Sanz, G. (2003). *Enseñar lengua*. Barcelona: Graó.
- Castells, M. (1986). *La ciudad y las masas: Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Alianza Editorial.
- Claveria, S. (2018). *El feminismo lo cambia todo*. Barcelona: Paidós/Grupo Planeta.
- Cortés Rodríguez, L. (2002). *Pragmática y análisis del discurso oral en español*. Granada: Comares.
- Deci, E. L., Koestner, R., & Ryan, R. M. (2001). *Extrinsic rewards and intrinsic motivation in education reconsidered once again*. *Review of Educational Research*, 71(1), 1–27.

Demonte, V. (1991). *Teoría sintáctica y enseñanza de la gramática*. Madrid: Cátedra.

Eco, U. (1964). *Apocalípticos e integrados*. Lumen.

Elizundia Ramírez, A., & Álvarez Yaulema, M. (2021). *Publicidad y construcción de un imaginario social: Representación del género femenino en televisión ecuatoriana*. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(1). <https://doi.org/10.31876/rcs.v27i1.35310>

Ferreiro, E. (2000). *Cultura escrita y educación: Conversaciones con Emilia Ferreiro*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ferreiro, E., & Teberosky, A. (1979). *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*. México: Siglo XXI.

Feynman, R. P. (1960). *There's plenty of room at the bottom*. *Engineering and Science*, 23(5), 22–36.

Figueiredo Carvalho, S. (2016). *El mundo en casa: Televisión por cable, la familia y el desarrollo global de la comunicación*. Universidad de Extremadura.

Fuentes, C. (2016a). *Discurso político y estrategias de persuasión*. Madrid: Síntesis.

García-Peña, A. L. (2016). De la historia de las mujeres a la historia del género. *Contribuciones desde Coatepec*, 31, 5–12.

Geim, A. K., & Novoselov, K. S. (2004). *Electric field effect in atomically thin carbon films*. *Science*,

306(5696), 666–669.
<https://doi.org/10.1126/science.1102896>

Gramsci, A. (2000). *Cuadernos de la cárcel* (Selección). Nueva Visión.

Guervós, J. (2005). *Autoridad del orador y del canal en la política contemporánea*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Halliday, M. (1982). *El lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de Cultura Económica.

Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*. Debate.

Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2008). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

INEE. (2008). *PISA en el aula: Lectura*. Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
http://www.inee.edu.mx/mape/themes/TemaI-nee/Documentos/mapes/pisa_aula_lecturaa.pdf

Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio* (J. C. Sáez, Trad.). Debate.

Kahneman, D., Sibony, O., & Sunstein, C. R. (2021). *Ruido: Un fallo en el juicio humano*. Debate.

Klein, N. (2015). *Esto lo cambia todo: El capitalismo contra el clima* (J. A. Bravo, Trad.). Paidós.

Koch, P., & Oesterreicher, W. (1990). *Lengua hablada en la Rumania: español, francés, italiano*. Madrid: Gredos.

- Kurzweil, R. (2005). *The singularity is near: When humans transcend biology*. Viking.
- Lakoff, R. T. (1973). *Language and woman's place*. Nueva York: Harper & Row.
- Lamas, M. (1986). *La antropología feminista y la categoría género*. Nueva Antropología, 30, 173–198.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad* (E. Hernández, Trad.). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1968)
- Le Van Quyen, M. (2019). *Cerebro y silencio*. Ariel.
- Londoño, D. A. (2015). *Jóvenes y literacidad: Un análisis sociolingüístico*. Medellín: Institución Universitaria de Envigado.
- Luengo, Ó. (2011). *Transformaciones de las campañas electorales en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- López Eire, A. (2000). *Retórica y política*. Madrid: Síntesis.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación: Las extensiones del ser humano* (P. P. de la Fuente, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1964)
- Maqueo, A. (2009). *Lengua, aprendizaje y enseñanza*. México: Limusa.
- Marimón, C. (2010). *Los caminos de la lengua*. Madrid: Arco Libros.

- Martínez Iglesias, M. (2015). *Lenguaje inclusivo y política*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Marín, M. (2008). *Lingüística y enseñanza de la lengua*. Buenos Aires: Aiqué.
- OCDE. (2003). *La definición y selección de competencias clave* (DeSeCo). Resumen ejecutivo. París: OCDE.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Piaget, J. (1983). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Ariel.
- Rielo, F. (2001). Experiencia Mística y lenguaje, en *Mis meditaciones desde el Modelo Genético*, Fundación Fernando Rielo, Madrid.
- Reboul, O. (1986). *El poder del discurso*. Barcelona: Paidós.
- Rosler, M. (2011). *If you lived here: The city in art, theory, and social activism* (reimp.). The MIT Press.
- SEP. (2000). *Programas de estudio de español*. Educación primaria. México: Secretaría de Educación Pública.
- Salguero, J. (2018). *Lenguaje y relativismo cultural*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Shiva, V. (2005). *Earth democracy: Justice, sustainability, and peace*. South End Press.

- Sigman, M. (2022). *El poder de las palabras*. Debate.
- Suárez, J., & Rojas, M. (2009). *El discurso del poder en América Latina*. Bogotá: Norma.
- Trelease, J. (2012). *The read-aloud handbook*. Nueva York: Penguin.
- Van Dijk, T. A. (1997). *Discurso y poder*. Barcelona: Gedisa.
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales* (A. Gimeno, Trad.). Paidós.
- Eco, U. (1964). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.

Lenguajes para el cambio social es una invitación a repensar la palabra como herramienta transformadora. A través de miradas interdisciplinarias, esta obra explora cómo el lenguaje, la comunicación, la ética y la experiencia humana pueden abrir caminos hacia una educación más crítica, sensible y vinculada con la realidad social.

Los autores proponen reflexiones que dialogan con los desafíos contemporáneos: la era digital, la construcción del sentido, la vulnerabilidad, la identidad y el papel de la educación en la transformación comunitaria. El resultado es un libro que combina profundidad conceptual con claridad pedagógica, orientado a estudiantes, docentes y lectores interesados en comprender —y transformar— el mundo desde el poder de la palabra.



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

ISBN: 978-9942-593-01-6



9 789942 593016